



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES

CAMPUS ARAGÓN

Curso-Taller en Trabajo Periodístico Escrito

**“EL SEÑOR DE LOS MILAGROS,
MICHOCÁN: UN SANTUARIO CONVERTIDO
EN CENTRO TURÍSTICO”.**

R E P O R T A J E

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN COMUNICACIÓN
Y PERIODISMO**

**P R E S E N T A :
MARIA LUCILA ORTIZ PÉREZ**

**ASESOR :
MARIA GUADALUPE PACHECO GUTIÉRREZ**

ESTADO DE MÉXICO

20



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Dios por permitirme concluir satisfactoriamente este proyecto,
Que pone fin a mi período académico, el cual estuvo lleno de gratas
E invaluable experiencias, las cuales me prepararon para poder
ingresar al ámbito profesional.

A mis PADRES por su apoyo incondicional,
Por impulsarme a alcanzar las metas que me plantea el destino.
Gracias por brindarme las herramientas necesarias para enfrentarme al mundo.
Gracias por fomentar en mí el deseo de ser mejor persona
Gracias por quererme tanto, por aceptarme, respetarme, cuidarme y
escucharme. Por esforzarse en ser buenos padres, aunque no les hace falta, me
siento bendecida por contar con ustedes y los amo con todo mi corazón.

A mi hermano y su familia por mostrar siempre interés en mi vida,
Por preocuparse y alegrarse junto conmigo, gracias por su compañía y
Cariño infinito.

A Luis Daniel, ya que me tendiste la mano en los momentos
más críticos, y fuiste más allá que mi soporte técnico,
un ángel salvador. Gracias por demostrarme que no sólo eres mi primo,
sino también un amigo, un hermano menor.

A mi asesora, la profesora Guadalupe Pacheco Gutiérrez, por su dedicación,
paciencia y compromiso con el proyecto. Ya que sin su guía, capacidad y
conocimientos no hubiera sido posible llegar a la meta. Con cariño y
admiración: Muchas Gracias.

Esquema preliminar

Página

INTRODUCCIÓN.....	3
1. Un reino de riquezas inauditas. Panorama general del surgimiento del pueblo de San Juan Parangaricutiro, Michoacán.....	7
1.1 Los orígenes. Primeros asentamientos humanos.....	9
1.2 La <i>doble</i> conquista. El exterminio y la destrucción dan paso al catolicismo.....	13
1.3 Aparición de la imagen del Señor de los Milagros. Una leyenda mágica.....	21
1.4 Un pueblo sin luz. Recuerdos e historia.....	28
1.5 Nace un volcán. Muerte y desolación.....	32
1.5.1 Crónica de una erupción anunciada. Entre testimonios y opinión de un experto.....	36
2. Pueblo nuevo. Santuario nuevo. Una visita a la parroquia del Señor de los Milagros.....	45
2.1 Renacimiento de un pueblo. Surge el <i>nuevo</i> San Juan.....	46
2.2 Difundiendo el mensaje del señor de los Milagros. Un cristo itinerante.....	51
2.3 Las festividades de la gratitud.....	60
2.3.1 Fervor religioso el 14 de septiembre.....	63
2.3.2 Fiestas y tradiciones.....	66
2.3.2.1 Pindecua. Más allá de la costumbre sobreviven las ancestrales danzas.....	67
3. Un destino turístico casi celestial.....	76
3.1 El Santuario del Señor de los Milagros convertido en centro turístico. Miles de personas visitan al cristo milagroso.....	77
3.2 Los artesanos y la fe. Comerciantes que se benefician con la creciente afluencia de turistas que visitan el Santuario.....	90
A MANERA DE CONCLUSIÓN.....	96
FUENTES DE CONSULTA.....	98

INTRODUCCIÓN

"...Aire limpio de la sierra baja ciñendo los cuerpos, mientras los pasos se gastan en el largo sendero que marca, no muy distante, el rumbo a San Juan nuevo. El canto del Cupatitzío resuena como un lamento hondo dé sones purépechas y soles antiguos, ¿Qué adonde voy, me preguntas?, cuéntame de dónde vengo.

"Un señor a romería me llega siempre dé lejos. 'Rito dé mística pura bajo un profano deseo: mis pisadas resuenan el himno fiel de mis huesos. ¿Oh Señor de los Milagros!, ¿Cristo dé todos los tiempos!, ¿Cristo dé la sierra india!, ¿Cristo del hombre moreno!. Tienes en la mirada imagen purépecha por origen y universal por tu creado.

Me ahoga este gozo dé visitarte en tu templo, en donde es la danza una suplica sin palabras y sin versos. Como los ojos que tiemblan al fiel retablo del fuego. 'Déjame bailar al ritmo dé la oración que te ofrezco. Hundir el alma en tus labios, como en la noche un lucero para guardar la esperanza que traigo desde mi pueblo... "

Estos son algunos de los versos inspirados por el pequeño pueblo de San Juan, una provincia michoacana que junto a su cristo moreno, de pasado indígena, templo y danzas, envuelve colores y sentimientos, que no sólo nos transportan a lugares encantadores, sino que invitan a vivir los impulsos de la convicción, una afirmación casi dogmática que ha salvado a sus pobladores de la tragedia, ya que es su fe la única capaz de devolverles la esperanza y brindarles la tranquilidad.

El sentir de los "sanjuanese", matizado por la confianza en una figura piadosa, en esa imagen peregrina de un cristo milagroso, que en uno de sus recorridos fuera del estado de Michoacán, llegó a mi colonia, gracias a la intervención de un grupo de mujeres dedicadas a las labores eclesiásticas, despertó en mí el interés por descubrir su origen, su templo, sus rituales corpóreos y sus cantos místicos.

Era necesario emprender el viaje hacia aquel viejo San Juan, el cual prometía historias excepcionales, plagadas de ingenio y fervor. Elementos que no sólo caracterizan a las provincias mexicanas, que combinan las labores artesanales con los compromisos eclesiásticos, sino en general a los mexicanos en comunión con la fe católica.

Una vez iniciada la travesía, tras recorrer las calles, admirar las pequeñas casas y sonreír ante la variedad de juguetes tallados en madera, que descansan junto a deshilados y vasijas, descubro que no se trata de si se cree o no, si se cuenta con una preferencia o inclinación hacia alguna imagen o práctica religiosa, ya que es la tradición del lugar la que resulta fascinante, la que nos conmueve y nos da lecciones de leyendas: relatos que narran un pasado que debe darse a conocer y heredarse por generaciones.

Y al indagar más allá de lo que se muestra en apariencia transparente, sencillo o inevitablemente causal, me condujo de forma obligada a sus orígenes: a los purépechas. Habitantes de un territorio de impenetrable vegetación, densos bosques, fascinantes caídas de agua, así como fértiles valles, brillantes lagos y lagunas e imponentes montañas.

Los purépechas lograron construir un reino cuya extensión se calcula en 70 mil kilómetros cuadrados, y abarca todo Michoacán y parte de los actuales estados de Colima, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, México y Querétaro. Su poderosa economía se sustentaba en la obtención y producción de pescado, sal, cera, miel, obsidiana, metales, plumas, así como gigantescos plantíos de algodón y cacao, árboles frutales y de maderas finas.

En 1521, al caer la capital azteca en manos de los conquistadores, la fama y poder de estos hombres estremeció a Mesoamérica. Los purépechas prefirieron establecer un tratado de paz con Hernán Cortés para evitar su eventual exterminio. Pese a ello, el último de sus monarcas fue brutalmente torturado y asesinado por el presidente de la Primera Audiencia de México, Nuño Beltrán de Guzmán.

Doce años después, con el fin de remediar los daños morales y materiales causados al reino michoacano, fue comisionado como segundo oidor de la Audiencia de México, el licenciado don Vasco de Quiroga. Dicho personaje organizó las poblaciones existentes, fundó hospitales y escuelas, impulsó el desarrollo del comercio en los mercados y la artesanía.

Michoacán tenía ya, impreso en él, y de forma permanente, la fortaleza de los evangelistas, que elevaron maravillosos templos y palacios y la ingenuidad de los indígenas que al mezclarse exaltaron la adoración hacia simbolismos cristianos.

La belleza del estado no se limita al campo arquitectónico, su naturaleza es un encanto de múltiples matices. Los numerosos ríos y manantiales que bañan el territorio, además de adornar el paisaje de abundante vida salvaje y silvestre, hacen de su tierra una de las más fértiles del país, lo que permite a las comunidades indígenas iniciar sus propios negocios gracias a sus cosechas.

La vista al océano es inigualable: palmeras tropicales, fina arena tornasol, pequeñas bahías, riscos y peñascos. Playas de suave oleaje y brisa blanca movidas por el viento, que invitan a la meditación y el descanso, contrastan con las aguas tempestuosas y los terrenos de selva, escenarios destinados para aquellos espíritus aventureros cargados de adrenalina, amantes de los deportes extremos y el ecoturismo.

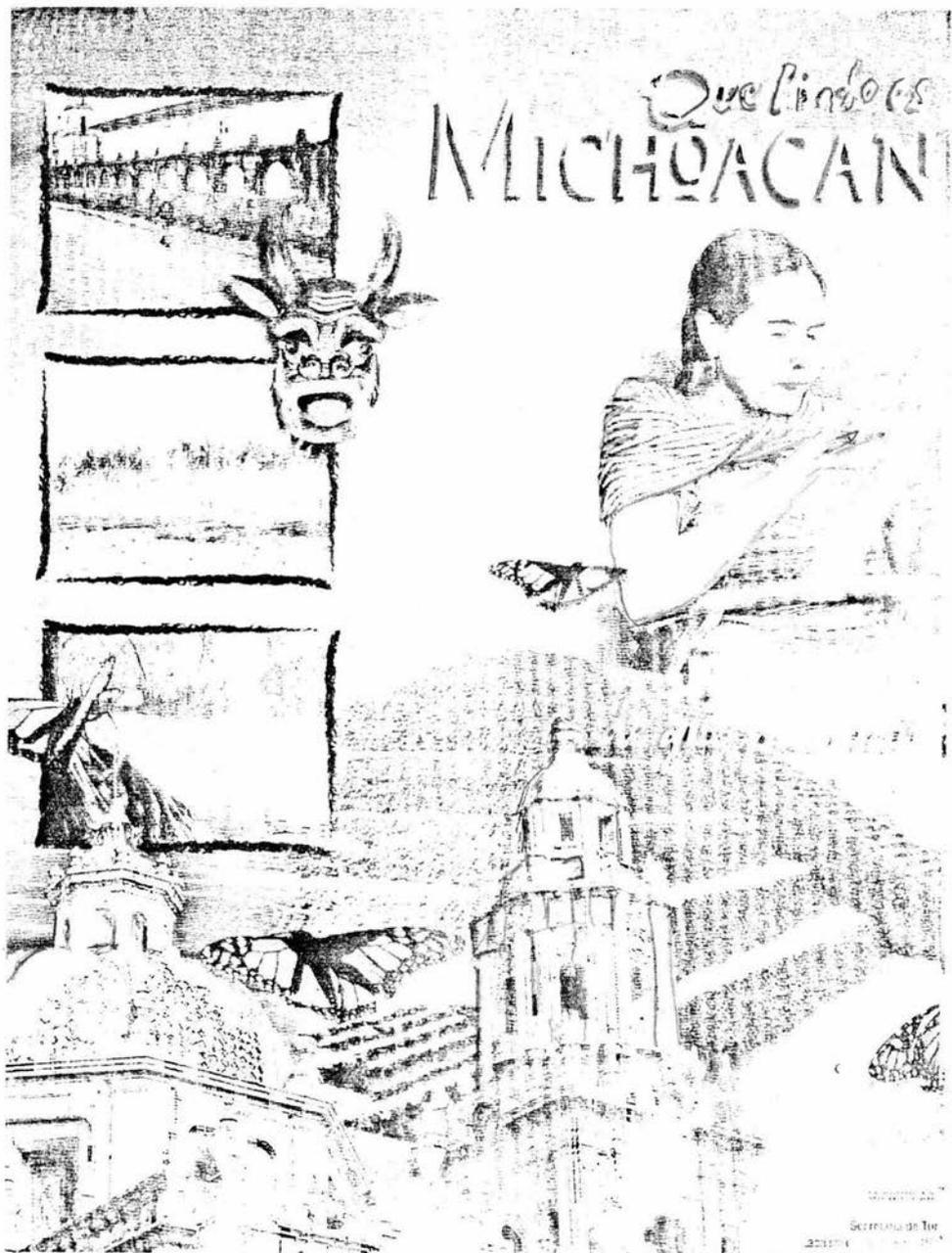
Afortunados son los turistas que visitan el estado, pues además de disfrutar del contacto con la naturaleza, pueden recorrer las pequeñas calles empedradas mientras sienten el viento que se cuele entre las casas de muros blancos y tejas rojas. También es perceptible el aroma, calor y vapores de la cocina típica, cuyo encanto comienza al escuchar los nombres de los platillos regionales, provenientes de la lengua purépecha.

Es un territorio lleno de deleites. El rollo fotográfico no alcanzaría a capturar tantas imágenes. Ninguna acuarela capturaría tantos detalles. En cada esquina se esconden las más ingeniosas artesanías y a cada vuelta del calendario se asoman docenas de celebraciones.

En honor a la herencia purépecha, este reportaje únicamente abordará el arte e ingenio, oraciones y santos, comida y colores, construcciones y tesoros naturales, el aroma de orquídeas y el cantar de las aves en armonía con la blancura de sus peces, de la ciudad de Uruapan y los pueblos aledaños de San Juan Nuevo, con su santuario, y Angahuan, con el volcán Paricutin.

Asimismo, a fin de no entorpecer la fluidez en la lectura del presente reportaje, la información expuesta, resultado de una recopilación ordenada y sistemática de datos obtenidos de fuentes documentales: hemerográficas y bibliográficas, así como de entrevistas y páginas web, se presentan al final del trabajo, y no en cada párrafo, con sus respectivas fichas referenciales.

Este recorrido por el territorio michoacano busca brindarle al lector no sólo la oportunidad de conocer una postal turística, sino hacerlo partícipe de la importancia de preservar el legado indígena, el cual da sentido a nuestra identidad nacional.



UN REINO DE RIQUEZAS INAUDITAS. PANORAMA GENERAL DEL SURGIMIENTO DEL ANTIGUO PUEBLO DE SAN JUAN PARANGARICUTIRO

"Hablar de los atractivos turísticos de Michoacán es hablar de un lugar en el occidente mexicano que ofrece al visitante un tesoro esplendoroso, la cultura de un pueblo que desde sus raíces más profundas se distingue por su hospitalidad, con una rica tradición artística, folklórica, de rico acervo cultural, con historia, con lugares de insospechada belleza, de majestuosos monumentos coloniales ", así fue como la secretaria de Turismo del gobierno del estado de Michoacán, Ana Compeán Reyes Spíndola, expresó su fascinación por el estado al que representa y acerca del cual la revista México Desconocido, dedicó una edición especial el mes de noviembre de 2001.

De dicha publicación presentamos la continuación del texto: "La magia envolvente de sus zonas arqueológicas, sus pintorescas poblaciones que nos hablan de un estilo típico de arquitectura vernácula, viven y se entrelazan con bosques, lagos, manantiales, aguas termales, parques nacionales, cascadas, litorales y diversos ecosistemas que invitan a su disfrute y exaltación de la naturaleza.

"Visitar Michoacán es adentrarse en sus fiestas y tradiciones, es admirar su artesanía, que para muchos es la más pura expresión del arte, en que la calidad de sus obras sólo es comparable con la exquisitez de su gastronomía. **Conocer Michoacán es conocer el alma de México "**.

Conocer Michoacán es conocer el alma de México, es más que una frase, es la oportunidad de apropiarnos de tradiciones y de grandes creaciones históricas, es nuestro boleto para adentrarnos en una geografía de montañas y lagos, pasando por el templo de un pueblo de orgullosa raíz purépecha, es saber además que Michoacán es sólo una parte de una nación, casi inexplorada, en espera de ser revelada.

Constituye un territorio fértil, desconocido, lejano, lleno de tesoros y múltiples identidades, con una arquitectura colonial y policromía artesanal. El espejo de sus lagos y la densidad de sus bosques logran aumentar nuestro deseo por descubrir la tierra michoacana.

A menos de trescientos kilómetros de la ciudad de México existe un destino dispuesto a maravillarnos con los santuarios de la mariposa monarca; las aguas termales, que descansan el cuerpo y purifican el espíritu; con el Centro Histórico de la ciudad de Morelia, declarado patrimonio cultural de la humanidad; por sus palacios y monumentos. Michoacán es un lugar de inagotables aventuras en contacto con la naturaleza y la cultura nacional.

Desde que se constituyó el estado, en los textos de geografía de los niños michoacanos se decía que el contorno de la entidad tenía la forma de una piel de toro extendida. Dicha piel conmemoraba uno de los estados más ricos y variados en cuanto a belleza natural, incluidos sus accidentes topográficos, paisajes y climas.

La palabra *Michoacán* de origen náhuatl significa *lugar de peces o de profusa pesca*. Es una tierra en la que abundan los lagos, ríos y riachuelos, por lo que la pesca es sobrada y variada. Las lagunas, por su parte, aunan a su riqueza piscícola su singular belleza debido a la flora y fauna silvestre que las enmarca.

Michoacán se encuentra atravesado por un complejo sistema montañoso que le da un perfil singular, levantando el suelo a distintas alturas, formando entre ellas valles, praderas y cuencas, estas últimas, ubicadas al norte del estado, dan lugar a los bajíos michoacanos, ricos en tierras cultivables.

Todas estas montañas están acompañadas de innumerables chimeneas volcánicas que sobresalen de la tierra, como verrugas, claramente perceptibles, viéndose por ello que el territorio en esta parte del estado ha tenido una casi ininterrumpida actividad telúrica, siendo su más reciente muestra la erupción, en febrero de 1943, del volcán Parícutín, en la Sierra de Uruapan.

Al sur, después de la gran depresión de la Tierra Caliente, otra cordillera más escarpada, la Sierra Madre del Sur, paralela a la costa del Pacífico, sirve de marco a los más de 200 kilómetros de litoral, delimitados bellamente por la desembocadura de los ríos Balsas y Coahuayana.

En fin, son alrededor de 59, 864 kilómetros cuadrados de extensión michoacana, los cuales ponen de manifiesto la enorme riqueza de nuestro país. Pero por desgracia, la ignorancia y la falta de interés, por parte de nosotros, los mexicanos, quizás también de las autoridades o los medios de comunicación, no nos hemos ocupado de descubrirla y mucho menos de difundirla con orgullo.

Uno de estos sitios mágicamente indescifrables se ubica dentro del estado de Michoacán, se llama San Juan Parangaricutiro, un pequeño poblado de fundamental importancia para la comunidad purépecha, ya que constituyó la cabecera municipal de los poblados de Zirosto, Corupo, Angahuan y Paricutín, y en cuya parroquia, lugar ceremonial por excelencia, era venerada la imagen del Señor de los Milagros, cuya influencia religiosa atraía a gran cantidad de fieles.

El señor Felipe Cuara Amézcuca, en su libro *Vida y tragedia en Parangaricutiro*, Mich. se refiere al origen de esta población de la siguiente manera:

"Parangaricutiro, del P'urhembe, que traducido al idioma español significa 'canoa de agua metida en un paredón', en virtud de que en una fresca y hermosa barranca de primaveral belleza, donde trinaban gorriones y jilgueros en franca competencia, estaba un manantial de aguas purísimas y frescas que se filtraban de un paredón a manera de arcoiris coloreado por variedad de flores silvestres que ahí crecían y que el agua, en forma de grandes gotas cristalinas, caía en una especie de canoa artificialmente tallada en el tapete a manera de lluvia de perlas".

En este sentido, es importante explorar nuestro país, valorarlo, y dar a conocer la enorme riqueza natural, colonial, histórica y espiritual con la que cuenta.

Los orígenes... Primeros asentamientos humanos

En 1877 se dio a conocer por vez primera un documento histórico antiguo, conocido como *Lienzo de Jucutacato*, por el lugar donde lo descubrió el franciscano Francisco de la Rea. Se dice que perteneció a doña Luisa Magaña, india cacique del pueblo de Jicalán, cercano a Uruapan, adquirido después por don Pablo García Abarca, y finalmente por su hermano, don Crecencio García Abarca, quien lo presentó en la Exposición de Morelia.

Algunos historiadores como Nicolás León, Eduardo Seler, Miguel O. de Medizábal y José Corona Núñez, han interpretado este discutido documento histórico que, junto con la *Relación de las ceremonias y ritos, población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán*, máxima mente etnohistórica acerca del reino tarasco, constituye una referencia obligada para el estudio de la historia michoacana.

Marcados con letras mayúsculas del alfabeto, desde la A hasta la Z, y con minúsculas desde la a hasta la i, el lienzo consta de 36 cuadros. En ellos se aprecian figuras humanas, pájaros, perros, tortugas y objetos indígenas. De las distintas interpretaciones se sabe que éste relata la peregrinación de un pueblo náhuatl, descendiente de los toltecas, que llega a establecerse en Michoacán. Peregrinación hecha, según parece, con el fin de encontrar minas.

Así como se afirma que el lienzo debe llamarse más propiamente Lienzo de Jiquilpan, por el cuadro K, donde parece que la tribu se asentó durante mucho tiempo o quizá definitivamente.

Cerca de Jiquilpan se cree se encuentra, la mítica región de Aztlán, lugar de origen de los aztecas, última tribu nahuatlaca, establecida en el valle de México a la llegada de los españoles. Esta tribu de los nahuatlacas, cuyo nombre significa "que viene de la superficie de piedra preciosa verde", o que "sale del lebrillo de piedra preciosa", comienza su migración en el estado de Veracruz, "país de la diosa del agua". Posteriormente peregrina por Nonualco, Tehuacán, Coyoacán, Tenochtitlán, Jiquipilco, Pumándiro y Zacapu; lugar donde muere Tlatenchicatl, el príncipe que los guiaba, quedando al frente Cozamátotl, una mujer que se asienta en Jiquilpan, habiendo pasado por Capacuaro y Phantzingo. Esta última región representa un lugar de enorme importancia para la historia de San Juan Parangaricutiro, porque es ahí donde se encuentran los primeros indicios de su origen.

Según la etimología tarasca, Phantzingo, significa "llevar", "encaminar", o como opinan otros "pensar con la cabeza", "tocarse la cabeza". Dicho lugar se ubica en las faldas del cerro de Tancítaro, a 20 kilómetros, dirección oeste de Uruapan. El autor David Zavala Alfaro, describe en su libro *Agonía y éxtasis de un pueblo*, al actual Phantzingo como: "...un verdor de pinos, cantos de aves, frescura de aguas que se deslizan en forma de hilos de plata

entre musgos y maleza hasta perderse en la arena, fruto del volcán Parícutín, ruinas de lo que me un templo, y señales de calles es lo que hoy se puede contemplar". Alrededor de los siglos XIII y XIV, un grupo de familias que habitaban esa región y lugares circunvecinos formaron el poblado de Parátzacutiro, denominación que con el transcurso del tiempo se cambió por la de Parangaricutiro, palabra derivada de la lengua purépecha, que significa "tanque de agua situado en un paredón".

Para el año de 1524 aquellos peregrinos nahuas del *Lienzo de Jiquilpan*, estaban orgullosos de pertenecer al reino de Michoacán cuyo señor se hace llamar Caltzonzin —el mayor después del gran Moctezuma— dueño de riquezas inauditas, de un poderío enorme y en cuyo territorio la belleza azul de sus lagos y la fresca esmeralda de sus bosques llenaban de satisfacción a los nuevos michoaque.

El reino del cual se maravillaron los nahuatlacas fue el Purépecha, cuya extensión ha sido calculada en 70 mil kilómetros cuadrados. Abarcó parte de los actuales estados de Colima, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, México, Michoacán y Querétaro. Su poderosa economía se sustentaba en la obtención y producción de sal, pescado, obsidiana, metales (cobre, oro y cinabrio), conchas marinas, plumas finas, piedras verdes y gigantescos plantíos de algodón, cacao, árboles de diferentes calidades, cera y miel.

Los tarascos, también llamados michoaque (*los de la tierra del pescado*) por los mexicas y purépechas por los antropólogos, eran artesanos consumados con una tradición que persiste hasta la actualidad en múltiples formas, destacados por su habilidad para trabajar los metales y la turquesa, así como para fabricar una elegante alfarería ceremonial y objetos de pluma y laca. Por lo que se encuentran entre las sociedades más importantes del Posclásico mesoamericano. En este período se erigieron como orgullosos y tenaces opositores a los afanes expansionistas de los mexicas, quienes a partir de 1476 y hasta 1518 emprendieron cruentas incursiones tendientes a conquistar el reino michoacano.

Los tarascos fueron capaces de dominar un extenso territorio cuyo centro se localizaba en la cuenca del lago de Pátzcuaro y llegaba más allá de los límites del actual estado de Michoacán. Del gran desarrollo alcanzado por esta compleja sociedad son magníficos testigos los vestigios de sus principales ciudades, como Tzintzuntzan e Ihuatzio.

La doble conquista. El exterminio y la destrucción dan paso a la evangelización

"Tangaxoan murió por órdenes de Nuño de Guzmán en febrero de 1530; algunos consideran esta fecha como el fin del imperio tarasco, pero de hecho ya había terminado con la entrada de Cristóbal de Olid, un capitán de Cortés, a Tzintzuntzan, el 25 de julio de 1522".

De acuerdo con textos obtenidos del libro *Agonía y éxtasis de un pueblo* de David Zavala Alfaro, en 1521, al caer la capital azteca en manos de los conquistadores, la fama y poder de estos hombres estremeció a Mesoamérica, ya que ellos habían derrotado al odiado pero también respetado adversario. La suerte corrida por el pueblo mexicana era una clara advertencia para el reino purépecha que prefirió establecer un tratado de paz con Hernán Cortés para evitar su eventual exterminio: los principales del reino se bautizaron y se hicieron cristianos. Es entonces cuando los soldados y jefes militares españoles abusaron de la bondad de la gente y se llevaron mujeres, oro y plata. Y finalmente, y a pesar de aquel tratado, el último de sus monarcas Tzimzincha Tangaxoan II, fue brutalmente atormentado y asesinado por el tristemente célebre presidente de la Primera Audiencia de México, el implacable Nuño Beltrán de Guzmán.

Años trágicos (1529 y 1530). Nuño Beltrán de Guzmán determinó llevar a cabo una expedición por el interior del país, cruzando el reino purépecha, el 22 de diciembre de 1529, pero quería que el rey de los tarascos lo acompañara:

"...Rey Caltzonzin, quiero que me acompañes en la expedición. Deber ir conmigo y traer tus cargadores, tu oro y tu plata".

Aparecía entonces el anuncio de un asesinato. En Ixtlahuaca fue sometido, en Tzintzuntzan encerrado y encarcelado. La avaricia española exigía más oro y plata. Al parecer su única forma de conseguirlo fue torturándolo: le quemaron los pies. Nuño de Guzmán lo acusaba de renegar de Cristo y de volver a su idolatría, lo castigaba basándose en injurias que buscaban ocultar su delito.

En Santiago Conguripo sucedió el trágico desenlace: en 1530 Nuño de Guzmán decretó: ¡Envuelvan al rey en un petate, átenlo a la cola de un caballo!

¡Amárrenlo a un matadero, traigan leña, prendan fuego y que sus cenizas se las trague el río!

Estaba perpetrado el crimen. *La Relación de las ceremonias y ritos, población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán...* lo narra de la siguiente manera:

"Y atáronle en un petate o estera, e atáronla a la cola de un caballo... Y iba un español encima, y iba un pregonero diciendo a voces: Mira, gente, éste, que era bellaco, que nos quería matar. Ya le preguntamos, y por eso dieron esta sentencia contra él, que sea arrestado. Miradle y toma ejemplo. Mira, gente baja, que todos sois bellacos.

"Y desatáronle del petate o estera, que aún no estaba muerto, y atáronle a un palo y dijéronle: 'Di si fueron otros contigo en el maleficio. ¿Cuántos érades? ¿Has de morir tu solo? Díjoles el cazoncí: ¿Qué os tengo que decir? No sé nada'. Y diéronle garrote y ahogáronle.

Y sus criados andaban cogiendo por allí cenizas, y hízolas echar Guzmán en el río. Y echó a huir la gente por su muerte de miedo. Todavía algunos criados suyos trajeron algunas cenizas y las enterraron en dos partes: en Pátzcuaro pusieron una rodela de oro y bezotes y orejeras, según su costumbre, y todas las uñas y cabellos que se había cortado desde chuiquito, y colaras y camisetas que había tenido cuando pequeño, porque esta costumbre era entrellos. Y en otra parte dicen también que enterraron de aquellas cenizas, y que mataron una mujer, no se sabe dónde".

Veinte años después, en 1550, muere en España, al parecer en Torrejón de Velasco, prisionero, enjuiciado, enfermo y miserable, el sanguinario Nuño Beltrán de Guzmán. Pero el odio, la desilusión y el rencor tino para siempre de sangre sus serenos lagos, sus dioses protectores cayeron a pedazos haciendo temblar templos y corazones. Todo me convertido en ruinas, confusión y entrega de oro, mujeres, pedrería y mantas. Todo le me dado a los nuevos señores que exigían con espada en mano y en el pecho una cruz, pero el corazón lleno de avaricia, de envidia y odio. Nunca hubo refugio seguro, violaron pueblos, aldeas y montañas. Los nuevos visitantes corrieron en todas direcciones hasta adueñarse de todo. Buscando oro, destruyeron jardines, profanaron tumbas, vaciaron charcas, arañaron la tierra hasta sangrarse.

Phantzingo, al igual que el resto del remo purépecna, quedo lleno de rama, ya que los blancos habían matado a su rey. Aquellos halagadores principios cristianos se esfumaron rápidamente. La crueldad cambió el fervor y conversión de naturales a la fe cristiana, en indígenas que al sentirse traicionados escaparon y se escondieron en las montañas y despoblados.

A los frailes misioneros les costó mucho trabajo volver a ganarse la confianza de los que habían huido, pero gracias a su bondad y buenas acciones acabaron por convencerlos.

Difícil de explicar. Existen antecedentes que describen a los tarascos como buenos guerreros con un ejército de calidad e implacables con los enemigos obstinados, por lo que resulta extraño que este aguerrido grupo no haya peleado contra los españoles, entregándoles su reino en bandeja de plata.

Sobre esto, el arqueólogo Otto Schóndube B., que cuenta con una Maestría en Antropología, investigador en el Centro INAH-Jalisco, curador de arqueología en el Museo Regional de Guadalajara y coordinador del Proyecto Arqueológico Cuenca de Sayula; en su artículo "Los Tarascos", publicado en la revista *Arqueología Mexicana*, en su edición de mayo-junio de 1996, propuso las siguientes explicaciones: una, consideraban a los hispanos como seres sobrehumanos, lo que fue acompañado de augurios fatalistas. Otra, que el señor tarasco esperaba, al rendirse, un trato adecuado dentro del sistema que se avecinaba, y finalmente los tarascos pese a no haber sido vencidos por los mexicas, reconocían su poderío, y el hecho de que éstos hubieran sido derrotados les hizo pensar que su lucha contra los españoles no tenía esperanza.

Como dato relevante se sabe que la lista de obsequios hechos por el cazonci al rey de España, el botín tomado por la expedición de Cristóbal de Olid, y lo que se apropió Nuño Beltrán de Guzmán, confirman lo referido por los cronistas del jefe tarasco: "... era tan grande señor como Moctezuma, y aún más rico en oro y plata...". Incluso hay datos de permisos de las autoridades coloniales para buscar joyas en las tumbas de los indígenas. Por desgracia, la mayoría de lo encontrado fue fundido, perdiéndose irremisiblemente uno de los valores más destacados de estas piezas: su valor artístico.

Da comienzo la evangelización: un encuentro con la cristiandad. Para remediar los daños morales y materiales ocasionados por la Primera Audiencia al

Reino de Michoacán, en 1533 se comisionó al oidor de la Segunda Audiencia. El nombramiento recayó en el licenciado don Vasco de Quiroga, persona profundamente identificada con aquella región. Este benemérito personaje aceptó entonces cambiar la toga de magistrado por la orden sacerdotal, y de acuerdo con las costumbres de la época, en 1536 fue investido como obispo, primero de aquella diócesis, lo que le permitió implantar por vez primera en el mundo, en forma real y práctica, aquella fantasía social imaginada por Tomás Moro, conocida con el nombre de Utopía.

Durante el siglo XVI, la figura de Vasco de Quiroga es predominante en la historia de la presencia cristiana en Michoacán. Sin embargo, los primeros avances del cristianismo en el reino indígena de Michoacán se dieron más de una década antes de que Quiroga pisara el suelo de la Nueva España.

En 1522 un sacerdote católico, que llegó con la expedición de Cristóbal de Olid a Michoacán, fue quién celebró la primera misa de que se tiene noticia. Uno de los nobles del reino de Michoacán, que presencié la misa, llegó a pensar que se trataba de una práctica mágica y que el sacerdote estaba tratando de adivinar en el vino del cáliz.

Al principio el esfuerzo por cristianizar fue negativo. Su principal actividad estaba concentrada en el exterminio de la práctica del sacrificio humano y en la destrucción de los ídolos.

En 1525 llegaron unos misioneros franciscanos que empezaron a instruir a la gente en la nueva fe, con el apoyo del cazonci, el gobernante nativo. El superior de este grupo fue fray Martín de Jesús de La Coruña quien se instaló por varios años, lo que le valió ser considerado el primer apóstol de Michoacán.

Pero durante la década de 1520 a 1530 se vivieron momentos de tensión en el territorio purépecha, compartido ahora con los conquistadores, ya que no se contaba con una representación organizada de la autoridad civil, por lo que la presencia española se dejó sentir a través de sus encomenderos, los cuales se encargaban de cobrar, más bien exigir, tributos a los indígenas. Y los continuos encarcelamientos del cazonci en México, que culminaron con su ejecución en 1530, provocaron entonces que la Audiencia de México enviara a uno de sus miembros.

Fue cuando apareció Tata Vasco y un grupo de misioneros benefactores, que ante las ruinas del cristianismo encabezaron la reconquista espiritual de las comunidades indígenas tarascas y otomíes. Y se convirtieron en los principales y primeros protagonistas del catolicismo en el pueblo del Señor de los Milagros.

El primer hombre cuyo recuerdo vive en el corazón de los pobres, más que en las páginas de la historia, es fray Juan de San Miguel. Descrito como un cazador de almas, apóstol andariego sin pan y sin abrigo, pasó por el ancho escenario de la Nueva España derramando amor y caridad. Su obra grande o pequeña me fecunda.

Otro varón insigne que tomó parte en la reconquista fue "el oidor justo, el licenciado probo, el obispo eximio", de amor visceral a sus tarascos que desde entonces y siempre lo conocen por Tata Vasco.

Don Vasco de Quiroga nació en Madrigal de las Altas Torres, en Castilla la Vieja, se calcula que entre los años de 1477-1478, de ascendencia gallega por el lado paterno. Se sabe poco acerca de su infancia y juventud, lo único que se conoce es que estudió derecho y obtuvo el título de licenciado.

Entró al servicio real como funcionario de la Corona, y con esa investidura fungió como juez visitador en el recién conquistado reino de Oran, en la actualidad África del Norte, en 1525. Posteriormente, viajó a Murcia en donde recibió la notificación de su nombramiento como oidor de la Segunda Audiencia de México.

Llegó a México en enero de 1531. Allí empezó su gran labor, no sólo como oidor, sino también como fundador de dos pueblos-hospitales llamados Santa Fe: el primero cerca de la ciudad de México, y el segundo el de Santa Fe de la Laguna, en Michoacán. Lugar donde habría de quedarse a servir hasta su muerte.

Tata Vasco organizó la música y siguió fomentando la industria de las colchas, que fray Juan de San Miguel había enseñado, construyó parroquias, pues como había dicho por escrito el emperador: "Estando derramados y solos los indios por los campos, padecen agravios y necesidades y es imposible doctrinarlos en vista de la escasez de ministros".

La meta fijada por Vasco de Quiroga fue la de transformar la vida de los indios de salvaje en humana y de humana en cristiana. Fundó hospitales, se opuso a las injusticias de los encomenderos españoles, alentó a los frailes, formó sacerdotes, creó fuentes de trabajo, organizó el comercio, enseñó el abc, la doctrina moral y la agricultura y cuidó de los enfermos. Trató e hizo realidad "el que cada hombre fuera un miembro útil a la colectividad". Creó una economía política basada en la dignidad del hombre y en la justicia social. Organizó la vida de los pueblos tarascos impulsando la industria y las artesanías así como un eficaz aprovechamiento de los recursos de la naturaleza.

Maestro, pastor y amigo de libros y de amias, conductor de pueblos y de conciencias, severo consigo mismo y dulce con los demás, especialmente con los indios. Contemplativo y activo, teólogo y economista. Interesado por la felicidad temporal y el destino ultraterreno de los suyos. Sin más bagaje que su amor y su dulzura para los indios a quienes curaba sus heridas del cuerpo y del alma, consolaba sus pesares y lo hacía tan sólo con su presencia.

Tata Vasco muere el 20 de febrero de 1565 en la ciudad de Pátzcuaro, después de una vida de servicio de casi 80 años (desde el 27 de abril de 1538, en que fue nombrado obispo) a sus queridos tarascos.

Otra figura importante dentro de la historia del catolicismo fue el canónigo Juan de Velasco, quien estuvo al frente de la parroquia de Tzirosto (1555) y fue sucedido por el bachiller Diego Fuenllana. Poco se conoce de estos sacerdotes seculares, pues del primero se sabe que les administraba los sacramentos y del segundo: aprendió muy bien y enseñó a otro el idioma tarasco, bautizó miles de indios con los que fundó el nuevo pueblo alimentado en la fe, en la gracia y en la caridad.

Posteriormente, en 1537, entraron a tierras michoacanas los agustinos, pues los franciscanos encargados de la conquista espiritual eran muy pocos para la enorme extensión territorial. Llegaron a Tiripetío donde fundaron el primer convento, aproximadamente en el año de 1575. Fundador y primer prior del convento de Tzirosto fue el benemérito fray Sebastián de Trasierra. Fue el primer agustino que pisó tierras de Parangaricutiro. La agricultura, la industria, el comercio y la música recibieron fuerte impulso. Él comenzó a construir la iglesia parroquial que después llegara a tener fama en la sierra tarasca.

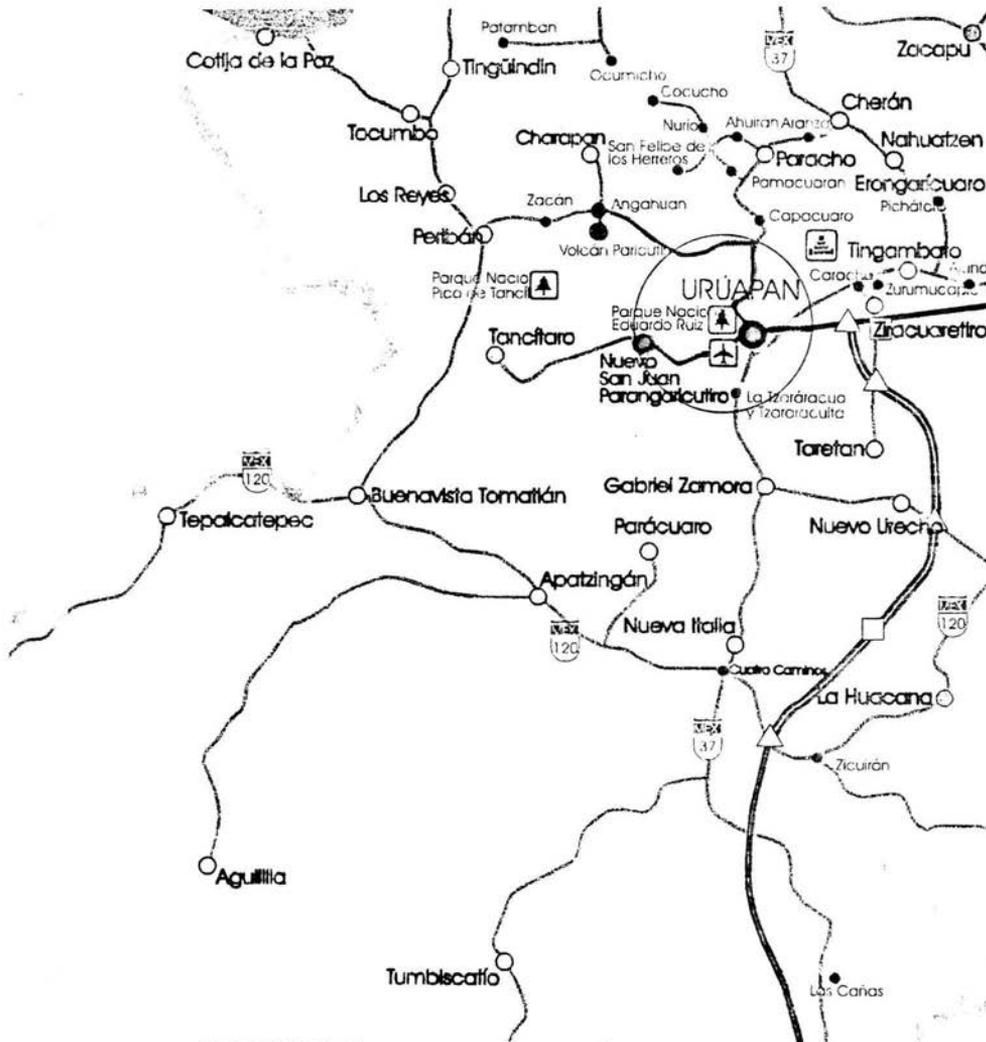


Foto 3 Acercamiento a la sección norte del estado michoacano en donde se ubica la ciudad de Uruapan y a su alrededor los pueblos de Nuevo San Juan Parangaricutiro y Angahuan, así como el volcán Parícuti.

Y habiéndose ido fray Sebastián a Jacona, le sucedió en Tzirosto, fray Sebastián González, iniciándose así un glorioso ejército de religiosos que tuvieron a su cargo desde 1575 hasta 1775 la Doctrina de Tzirosto y desde 1605, probablemente, el convento de Parangaricutiro.

Durante la regencia de los frailes (200 años), uno de los acontecimientos de mayor relevancia para el pueblo de San Juan Parangaricutiro fue la llegada del Señor de los Milagros.

Aparición de la imagen del Señor de los Milagros. Una leyenda mágica

... "primeramente formaban un núcleo de hojas secas de maíz dándole la figura aproximada de un esqueleto humano para ello amarraban dichas hojas unas con otras por medio de cordeles de pita; sin embargo, no sirviendo la hoja a causa de grosura para formar las extremidades del cuerpo, como por ejemplo los dedos, para hacerlos les adherían en los lugares correspondientes plumas de guajolote las cuales torcían dándoles primero la forma de una asa en la parte donde iba a quedar la palma de la mano, y dejando algunas plumas sueltas para que sirvieran como centro de los dedos. Sobre este esqueleto extendían una capa de pasta hecha con mezcla de la médula de caña de maíz y bulbos de una orquidea llamada por los indígenas 'tatzingui' (un tipo de engrudo), formando en conjunto una masa esponjosa, pues no la molían muy finamente. Ya con esta pasta iban dando la forma de cuerpo humano y para que las articulaciones no quedaran débiles y fáciles de romperse, extendían sobre ellas tiras de tela más o menos delgadas de algodón o pita.

"Una vez que la figura había quedado modelada, y estando ya seca, para hacer desaparecer la aspereza de la superficie, extendían sobre ella una capa de 'ucatlali' (atizador) a manera de estuco, continuando en el perfeccionamiento y retoque de la figura del siguiente modo: sobre la superficie daban el tiente propio de la piel con los colores usados por ellos, entre los que figuraban la grana. Se daba brillo a la escultura valiéndose de algunos de los aceites secantes que ellos conocían, el de miez probablemente. Una vez formado el cuerpo daban de forma abundante, con grana y negro de humo, los toques finales para simular la sangre; por último tanto la cabellera como la barba las hacían ya sea con pelo natural o tiñendo de negro la misma pasta".

Texto acerca del material empleado en la realización del Señor de los Milagros tomado del libro Leyenda del Señor de los Milagros, escrito por el presbítero José Romero Vargas.

De acuerdo con Hipólito Toral, originario del antiguo San Juan, nacido el 14 de agosto de 1865, narró en un escrito con fecha del 14 de enero de 1927, contenido en el libro *Agonía y Éxtasis de un pueblo sobre el origen de la imagen del Señor de los Milagros* lo siguiente: *"en los primeros años de forma-*

ción de mi pueblo los aborígenes adoraban a los falsos dioses y tenían un ídolo en forma de cristo, que más bien parecía un monstruo con cabellera larga hecha de roble o encina mal forjado, y de pronto con la aparición del nuevo cristo se formaron dos partidos entre los habitantes. Unos siguieron adorando al ídolo y otros al verdadero Dios, hasta que por fin con la influencia e intervención de los frailes, se estableció la religión católica, dejando al Señor de los Milagros como único adorable y quemándose desde luego al antiguo ídolo. De ese modo fue extinguida en nuestro pueblo, la idolatría, que estaba en boga en el siglo XVI, y una vez establecido el culto al Señor de los Milagros, año con año, fue aumentando la concurrencia de la fiesta del 14 de septiembre, llegando a reunirse hasta 20 mil almas, con el único objeto de conocer al Señor y darle gracias por los beneficios recibidos”.

El relato continúa: "un indio sencillo oriundo de este pueblo llamado Don José Moricho, anciano que vivía en el siglo XIX era el único que conservaba el lenguaje tarasco puro y tenía la costumbre laudable de instruir a los indios para que hablaran y pronunciaran los términos correctamente prohibiéndoles su mal uso. El señor Moricho murió en 1883 a la edad de 113 años. Su muerte fue llorada por los indios, quienes lo llamaban 'Tata Jusé Marichu'. Se lamentó también la pérdida de sus manuscritos tarascos. Frecuentemente era visitado en su casa por amigos a quienes les daba cátedra de lenguaje tarasco. Uno de ellos fue el presbítero Ramiro Sánchez, que en ese entonces era estudiante en el Seminario de Zamora y en tiempo de vacaciones le gustaba platicar con aquel anciano célebre y popular”.

"El señor José Moricho era descendiente del finado Don Nicolás Moricho, originario de este mismo pueblo y a quien se le atribuye el hecho de haber comprado la imagen del Señor de los Milagros a un viajero, que no quiso dar su nombre, ni dar detalles de su origen, tampoco fijó precio a la imagen. Fue entonces cuando nació la tradición que el señor Moricho transmitió a la comunidad indígena”.

Según dicha tradición, el Señor de los Milagros apareció cuando se empezaba a formar el pueblo de San Juan Parangaricutiro o de las Colchas, nombre que se le dio por estar consagrado a San Juan Bautista y por haberse distinguido en esa industria, iniciada por fray Francisco Muñoz. Cuenta la leyenda que la imagen del Señor de los Milagros fue adquirida por Don Nicolás Moricho, originario del pueblo, a fines del siglo XVI, de manos de un

misterioso vendedor de imágenes que se presentó en su domicilio con otros tres cristos más o menos iguales, siendo el trigueño el que más me de su agrado y adquirió. Don Nicolás Moricho se quedó muy sorprendido al ver que el vendedor no quiso revelar su nombre, ni su lugar de origen ni su destino. Tampoco puso precio a la imagen y accedió dejarla sin recibir dinero a cambio, además se rehusó a tomar alimentos durante los días que estuvo en su casa, ya que el pueblo carecía de un mesón para huéspedes.

La imagen había sido elaborada en pasta de caña (cañuelas de maíz tratadas con maque), técnica artesanal prehispánica originaria de la cultura purépecha. Representa a un cristo crucificado y como en el caso de otras figuras religiosas elaboradas por manos indígenas muestra un marcado esmero en la representación de las heridas y del gesto de dolor causado por el suplicio.

Durante esos días visitó el lugar uno de los frailes agustinos residentes en Zirosto, quien al saber de la adquisición de la imagen y del misterioso vendedor, procedió a bendecirla y ordenó a la familia Moricho que prepararan en su casa un oratorio provisional decorosamente ornamentado y que se diera culto a aquella imagen, pues se creía que Nuestro Señor Jesucristo obraría muchos milagros por ese medio. Desde entonces se comenzó a conocer dicha efigie como El Señor de los Milagros.

Conocidas estas disposiciones, el misterioso vendedor se dispuso a salir del pueblo. Don Nicolás envió a algunos indígenas a que lo siguieran, pero horas después regresaron desconcertados: perdieron el rastro del vendedor a las orillas de la población, rumbo al norte.

Los habitantes empezaron entonces a conjeturar que aquel extraño sujeto no era precisamente un vendedor de imágenes, sino un enviado del cielo que les traía una imagen con la cual Jesucristo, ahí representado, se quedaba con ellos para remediar sus necesidades.

Convencidos y maravillados por esos motivos, los frailes y todo el pueblo, incrementaron el culto a la sagrada imagen hasta trasladarla al templo parroquial. Se acordó igualmente establecer una fiesta anual para celebrar solemnemente tan dichoso suceso.

La fecha sería el 14 de septiembre, día de la exaltación de la Santa Cruz, por lo que la imagen del Señor de los Milagros después de un año y dos meses de

adquirida fue trasladada al templo parroquial un 13 de septiembre de 1600.

Comienza la procesión: la imagen es colocada en unas andas cargándola los más ancianos, formándose una valla, por un lado iban las mujeres y por el otro los hombres. Las muchachas echaban flores y portaban sahumerios de barro y los acólitos llevaban los cirios y una cruz de madera, al tiempo que repicaban unas campanas chicas que colgaban de dos horcones.

Entraron al atrio cantando y bailando las danzas de los "Chichimecas" bajo los acordes del violín, el teponaztle y una guitarra con tambor. Dichas danzas, presentes aún en la actualidad, se formaban por parejas de hombre y mujer en un sitio determinado, de preferencia en donde los pudiera ver el mayor número de personas, cantaban una melodía en tarasco o en su dialecto. Hacían algunas caminatas y terminaban bailando un son de la sierra. El hombre iba adelante de la compañera, brincando y sonando el arco con la flecha, la mujer lo seguía de frente, hasta que se terminaban las parejas

La indumentaria del hombre consistía en atravesarse unas fajas de colores sencillas o finas y una corona de plumas. La mujer también llevaba la corona, un gabán de lana de colores que se llamaba "xekeme o chequeme" y un paño en la mano. en el que recibía los obsequios que le daban las cuñadas o comadres de más estimación, y tanto el hombre como la mujer iban descalzos. Desde entonces se estableció el derecho que tenían las danzas de llevarse una corona del Señor a sus respectivas jurisdicciones para hacer propaganda y recibir limosnas, las cuales eran entregadas al párroco del lugar al volver al siguiente año. De ese modo fue aumentado la devoción y culto al Cristo Milagroso.

Terminada la peregrinación, la imagen fue colocada en el altar mayor, el párroco celebró una misa, a la que asistieron la mayor parte de los indios del pueblo. Hubo ejercicio del Santo rosario y se realizaron algunas pláticas con respecto al traslado de la imagen. El cura pidió al pueblo gran empeño en mejorar sus costumbres, renunciar a la idolatría, vivir en paz y fraternidad, les prohibió la embriaguez, el escándalo y todo desorden que pudiera profanar aquel santo lugar y les advirtió enérgicamente que de no obedecer sus indicaciones podía sobrevenir un enorme castigo. Es por ello que para muchos de los habitantes de San Juan Parangaricutiro la erupción del Paricutín fue un designio divino.

La devoción al Señor de los Milagros se generalizó a pasos agigantados, por

lo que en poco tiempo llegaban en gran número personas de poblados vecinos, tal es el caso de los habitantes de Zacán, Charapan, Zirosto, Corupo, Angahuan y Paricutín.

En el atrio, los nuevos devotos danzaban encantados. Así era como pagaban sus mandas todos los que habían sido sanados, defendidos y consolados por la imagen milagrosa.

Algunos de los sucesos que llamaron la atención del señor Moricho, de acuerdo con el escrito de Hipólito Toral, con respecto a la autenticidad de la imagen y de sus poderes divinos, se encuentran comprendidos en el material recopilado por David Lara Zavala, en su libro *Agonía y Éxtasis de un pueblo*, y fueron los siguientes: en el momento del traslado de la imagen, los que cargaron al Señor lo vieron sudar copiosamente en su rostro, hecho participado a la multitud, que de inmediato fue a besarlo en señal de despedida, pues era momento de dejar aquel improvisado recinto e ingresar a su nueva morada.

El segundo hecho se refiere a las grandes celebraciones que han tenido lugar para honrar al cristo milagroso con actos de culto católico, en donde se ha observado que el cristo cambia de color de moreno a pálido. En tercer lugar se percatan que el cuerpo ha crecido un poco. El señor Moricho declaró públicamente que las medidas de sus extremidades tanto superiores como inferiores habían cambiado, y que incluso consideró la idea de cambiarle de cruz, pero no me necesario, ya que al medirlo nuevamente, advirtió que la cruz había crecido proporcionalmente con el cuerpo. Finalmente algunos feligreses que han pedido un trozo de la cabellera de su Santo Patrono, a la cual le conceden poderes curativos, comentan que ésta permanece intacta como si no se le hubiera cortado.

Esta narración sencilla, y que no deja de ser una leyenda, contiene un valioso mensaje que explica el significado de la llegada del Señor de los Milagros al pueblo de San Juan Parangaricutiro, como difusor de su enorme riqueza cultural y origen de su identidad espiritual.

Para sus pobladores, el Señor de los Milagros representa la encarnación del hijo de Dios, el salvador y redentor, que se encuentra presente en cada hombre, en cada raza, en cada tradición, en cada costumbre, en conclusión en cada actividad que se realice, por muy insignificante que parezca.



Foto 4 Imagen del Señor de los Milagros, venerada en el pueblo de San Juan Parangaricutiro, Mich.

Que el amor de Dios buscó un medio por el cual entrar en la vida indígena para que lo sintieran como a un hermano o a un padre. Según ellos, el salvador guió el talento del artista purépecha y a los misioneros benefactores, para que bajo el nombre de "Señor de los Milagros", tomara los rasgos tarascos, enalteciendo así a la raza michoacana. Y cuyo rostro agonizante se mantiene seguro del triunfo de la resurrección. Un Dios indulgente que nos espera para darnos el saludo fraterno y que nos predica desde la cruz: amarse y respetarse los unos y los otros.

Está claro su mensaje en la Sagrada Escritura: "Estableceré mi morada entre vosotros y no os abominaré mi alma. Marcharé en medio de vosotros y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo" (Lev. 26, 11).

En el pueblo de San Juan existe otra imagen religiosa de gran trascendencia llamada La Nana Huari de la Concepción, la cual se venera en la Capilla del Hospital. Se cuenta que en los albores del cristianismo en Parangutiro comenzó a tejerse la leyenda, ahora tradición, de la imagen de la Virgen Inmaculada de la Concepción.

Esta relata que un indígena del barrio de la Asunción me a cortar leña cerca del cerrito de Phatzingo, cuando de pronto escuchó el tañido de una campana, el cual provenía de la cumbre del cerro. El hombre todavía no salía de su asombro cuando una paloma de extrema blancura detuvo su vuelo a unos pasos de él. Intento capturarla pero esta rápidamente se interno en el monte. El indio la fue siguiendo hasta el nacimiento de un ojo de agua. Ahí el ave se metió por la hendidura de un encino viejo y seco. Él de inmediato tapo el agujero y regresó por su hacha. Al volver se colocó frente al tronco, y cuando se disponía a cortarlo, éste se abrió y en su centro apareció la resplandeciente imagen de la Virgen de la Concepción.

Tras el incidente todos los habitantes de la región, y de barrios vecinos, ya convertidos al cristianismo, acudieron a contemplar la sorprendente aparición. Comenzaron de inmediato las danzas, los cantos y salmos acompañados de lirios y dalias. El ambiente festivo había comenzado.

Actualmente el visitante que recorra el camino a la laguna, en el barrio de la Asunción, se encontrará con la Capilla del Hospital, terminada el 6 de enero de 1955

En su altar principal se encuentra una escultura de la virgen, en su misterio de la inmaculada, en donde recibe a sus devotos, quienes año con año la festejan en su día: 15 de agosto.

Un pueblo sin luz. Recuerdos e historia

El poblado de San Juan Parangaricutiro fue uno de los más antiguos de la zona tarasca del estado de Michoacán. Su formación estuvo marcada por la presencia de religiosos. Comenzando por la orden de los franciscanos en 1530 y hacia 1570 la llegada de los frailes agustinos, provenientes del convento de Jacona, quienes evangelizaron la región durante 200 años.

Su origen se sitúa hacia el año de 1533, fecha en que fray Juan de San Miguel agrupó a los habitantes de varias rancherías cercanas hasta formar el pueblo de San Juan Parangaricutiro. A cada ranchería que se había juntado le tocó ser un barrio. Y cada barrio contaba con su santo patrono y su ocupación.

Se llamó San Juan Parangaricutiro porque el patrón del pueblo fue desde un principio San Juan Bautista. Y lo de Parangaricutiro es una palabra proveniente de la lengua tarasca que significa "tinaja en lo alto". Se le nombró así al pueblo porque el agua que recibía para consumir en las casas la traían de un manantial cercano que dejaba caer el agua desde un "altito" a una especie de tinajita.

También se le llamó San Juan de las Colchas, por ser esta la industria que el religioso fray Juan de San Miguel les enseñara a fabricar, y que el obispo don Vasco de Quiroga se encargara de seguir impulsando. Pero por desgracia, a principios del siglo XX, ya sólo se oía hablar de la que fuera una de las grandes mentes de trabajo de San Juan en los primeros años de su fundación. En la actualidad ya ha desaparecido por completo.

Para fincar el pueblo de San Juan, fray Juan de San Miguel comenzó por reorganizar a los indígenas de varios pueblos vecinos que vivían en las laderas, y los reubicó en la planicie. Para distinguir a cada uno de los poblados que habían aceptado reunirse en un mismo lugar, fray Juan de San Miguel siguió la misma forma de organizar la ciudad que los españoles habían usado en otros pueblos: dividió a San Juan en cinco barrios. A cada barrio le dio el nombre del que sería su santo patrón, mismo al que los vecinos celebrarían su fiesta el día que les correspondiera. Los barrios fueron: San Mateo, San Miguel, Santiago, La Asunción y San Francisco.

La gente que vivió su niñez, adolescencia y parte de su vida adulta en el viejo

San Juan, lo recuerda con cariño. Habla de la paz y tranquilidad que siempre reinaba en el pueblo, de sus familias y amigos. Recuerda sus trojes hechas de tablones y techos de tejamanil, los cuales contrastan con la plaza y los alrededores. Vive también en su memoria, el tiempo de lluvias tan esperado por todos. Era el tiempo de las peras y los duraznos, en donde todos tenían y todos comían.

Algunas muchachas organizaban bailables y obras de teatro que presentaban en un salón de actos que había abajo del curato. Su distracción consistía en salir a pasearse por las calles del pueblo. Por su parte, los muchachos eran muy respetuosos con sus padres y con la gente mayor. Nunca fumaban frente a ellos y casi nunca tomaban vino. Su diversión consistía en jinetear animales en los llanos y en el pueblo jugaban "luchitas" o a la pelota. Los niños eran silenciosos e inocentes, jugaban al trompo, a las canicas o desplegaban papalotes.

El pueblo era pobre. Los hombres vestían calzón y camisa de manta y andaban descalzos. Las mujeres sus enaguas de franela y también sin zapatos. No había más, aunque se quisiera, el dinero no alcanzaba.

Era poco el trabajo que tenían. Las mujeres sólo se dedicaban al quehacer de la casa o haciendo algunas costuras al "lomillo". En el mes de septiembre, mes de la fiesta patronal, algunos vendían algo y otros trabajaban en la "remonta", es decir, pastaban en sus pedazos, por dos o tres días, a los animales, burros, muías o caballos de los que venían a la fiesta.

Pero la mayoría de los hombres trabajaban en la resina, haciendo tejamanil o sembrando maíz y trigo en sus pequeñas parcelas. Otros, tenían chivos, borregos, vacas y yeguas en el cerro, y con la venta del queso, la leche o animales, ya sacaban para seguir viviendo.

Nunca conocieron la luz eléctrica, solamente unos foquitos opacos que encendían de ocho a diez de la noche. Don Marcos Méndez tenía un dínamo que conectaba con la rueda de un motor de gasolina, y éste era el que daba luz un par de horas. Cuando se acercaba la fiesta del catorce de septiembre los habitantes de San Juan sacaban "echones" de ocote fuera de sus casas para que se alumbraran las calles. Ya como a las diez de la noche dejaban acabar el fuego.

Era un pueblo de aire antiguo y tierra suelta, apacible y manso hasta en la variedad de la comida. No había tantas cosas que comer. Los domingos casi inertes, aunque fuera por breves momentos los dedicaban al comercio. Al terminar todo volvía a extinguirse en la quietud del paisaje.

En algunas épocas del año, los de Paricutín llevaban a vender pencas de maguey hechas mezcal, "bien dulces que estaban" y los de Zirosto empañaban el ambiente con el vapor de los tamales de aguamiel.

En las fiestas del pueblo la gente vendía cajeta, manzanas y peras, y para los niños cometas y máscaras de cartón. En esos días sí se vendía, pues mucha gente venía de Zamora, Los Reyes, Peribán, Uruapan, de la Meseta Tarasca y del Plan. Llegaban en yeguas, muías y burros. Esto lo aprovechaban los de San Juan para ganarse sus "centavillos" en la remonta.

Terminada la fiesta de los cúpites, que se lleva a cabo del 6 al 8 de enero, se hacían las famosas "yururas", tortillas de maíz molido y amasado con piloncillo o azúcar. Las encargadas de hacer las tortillas eran las muchachas casaderas. Ellas molían el maíz sin cocer, en un metate. Los novios como podían les hacían llegar las bolas de dulce o azúcar. Las muchachas les correspondían mandándoles a escondidas de sus papas, las sabrosas tortillas en hermosas servilletas, que ellas mismas bordaban. Este juego se hacía durante varios días y se dejaba de hacer al llegar el tiempo de la cuaresma.

La Semana Santa se vivía con enorme fervor. Se celebraba con gran devoción el Misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo. Para el Jueves Santo, los dos Petapis (organizadores) competían en el arreglo del Santo Entierro. Lo adornaban colgándole cocos, gabanes, velas y flores de auroraquias, que eran muy difíciles de conseguir.

El Domingo de Resurrección, de las diez a las doce del día, las muchachas llevaban la imagen de la virgen de la Magdalena entre cuatro, y corrían lo más rápido que pudieran desde la puerta de la capilla hasta la puerta del templo. Luego se regresaban y entregaban la imagen a otras cuatro muchachas que volvían a hacer lo mismo.



Foto 5 Calle principal del antiguo pueblo de San Juan de las Colchas, en donde se pueden apreciar las trojes hechas de tablonas y techos de tejamanil. Un lugar que se caracterizó por la belleza de su sencillez y tranquilidad.

Los muchachos, por su parte, llevaban la imagen del apóstol Juan. Y si alguno de ellos se tropezaba o se caía en el camino, allí lo dejaban y los demás corrían con la imagen. Esto lo hacían imitando aquel pasaje en que Magdalena y el apóstol Juan corren al Cenáculo a dar el aviso a los apóstoles de que Cristo había resucitado.

Los domingos de cuaresma, la pindecua (tradición) que se llevaba a cabo consistía en que un grupo de muchachas, guiadas por una, se reunían para llevarle al sacerdote fruta y comida. La llevaban en una batea sobre su cabeza. Contrataban a la banda de música que las acompañaba en su recorrido por todos los barrios, mientras iban anunciando: "vamos a llevar comida y frutas al sacerdote del pueblo". Al llegar al curato, entregaban las ofrendas al sacerdote, él las distribuía entre los enfermos y personas más necesitadas del pueblo.

El día 14 de septiembre era la fiesta más grande que había en el pueblo. Muchísima gente llegaba en cientos y cientos de burros, caballos y muías. Todos venían a ver al Señor de los Milagros. Los comerciantes lograban vender durante varios días. En el templo se oía a la gente bailando y aún se podía escuchar a la distancia, ya que el piso era de madera.

Por otra parte, la fiesta de la Octava se hacía en calma. Sólo iban los vecinos de Angahuan y del rancho del Paricutín. Se realizaba la procesión con el Señor de los Milagros por las calles del pueblo. Después, vestidos de chichimecas le bailaban a su cristo. Y ahí se terminaba la fiesta.

Nace un volcán. Muerte y desolación

David Lara Zavala cita en su libro *Agonía y éxtasis de un pueblo* el nacimiento del Paricutín de la siguiente manera: "Lo que nace, abre sus ojos al nuevo mundo, contempla el paisaje, y envidioso se levanta retando al ocaso empurpurado. Se revuelve en su lecho, se llena de coraje, acomete a la naturaleza, primero con bocanadas de humo, luego a manera de trueno, de relámpagos, de cientos de cañones en tiempo de batalla, lanza su luz, su fuego, opacando así la claridad del día".

En los primeros días del año de 1943 fuertes temblores se sintieron en la región de San Juan. En los días 17 y 18 de febrero señales de peligro se respiraban en Parangaricutiro: los temblores se repetían cada cinco minutos.

El sábado 20 de febrero las sacudidas fueron más fuertes y por la tarde, la gran noticia: ha nacido un volcán, en un lugar llamado la Joya de Cuiyutziro ("águila pequeña" o "aguililla"), muy cerca del rancho Paricutín.

Las llamaradas espesas y de oscuras humaredas, comenzaron a elevarse sobre la "joyita". Los vapores, arenas, cenizas y piedras incandescentes fueron en aumento.

Aquello no es sólo humo y polvo, sino lumbre, enormes rocas y grandes agrietamientos de la tierra. El cono del recién nacido volcán, pronto creció en tamaño, formando corrientes de lava que avanzaban rápidamente.

La tierra despertó. Esa mañana del 20 de febrero de 1943 el campesino Dionisio Pulido sintió fuertes ruidos y temblores bajo la tierra, inexplicablemente ardiente, de su arado, ubicado en el valle de Cuiyutziro, minutos después salía humo bajo sus pies. Con la ayuda de su esposa Paula, Demetrio Toral, su ayudante en las labores del campo y sus vecinos, trató de sofocar el absurdo incendio que se asomaba de pronto. Unas horas más tarde una cavidad de cinco metros se abrió y a partir de las cuatro de la tarde nació a ritmo acelerado un volcán. Al día siguiente fue bautizado con el nombre de Paricutín por localizarse cerca de las inmediaciones del poblado que llevaba el mismo nombre.

Un río de lava empezó a salir desde Sapichu el chico, un pequeño montículo que surgió a un lado del volcán mayor. Cinco días después el Paricutín ya presentaba un cono de 156 metros de diámetro y una base de 560. El volcán recién nacido ya estaba despierto y llameando.

En aquellos tiempos, durante la década de los cincuenta, en que nace el volcán Paricutín, estuvo marcada por violentos sucesos a nivel mundial. Mientras la Segunda Guerra Mundial arrasa Europa y el Pacífico, Estados Unidos dedica todo su poderío a construir el armamento. En México se vive una época nacionalista, que se ve reflejada en el cine, es durante los cortos que se proyectan que se informa a la población de las últimas novedades sobre el volcán Paricutín. Fenómenos como el volcán o la llegada de un

cometa causan un gran interés en la gente, por tratar de entender la dimensión e importancia de esos fenómenos de la naturaleza.

El diario *El Nacional* publicó en primera plana, el domingo 21 de febrero de 1943: "Presas del pánico los habitantes de San Juan Parangaricutiro, han solicitado por conducto de su presidente municipal, medio de transporte para evacuar la población debido a que ha aparecido un volcán que ha principiado arrojando fumarolas. Tanto el presidente municipal de ésta como las autoridades federales se están preparando con gran actividad los auxilios pedidos, esto parece ser la culminación de la serie de movimientos sísmicos registrados desde hace cosa de un mes".

Por su parte, en *El Universal* se leía: "Un volcán está haciendo erupción en Parangaricutiro: alarma en Michoacán por el posible nacimiento de un volcán. Uruapan, Mich., a 20 de febrero de 1943. El presidente municipal de San Juan Parangaricutiro, se dirigió telefónicamente al de Uruapan notificándole que los habitantes de aquel pueblo piden angustiosamente medios de transporte para salir de allí, debido a que reventó un volcán que ha empezado a arrojar humo y ceniza. El alcalde y las autoridades federales están procediendo a la evacuación de la población afectada con toda celeridad".

Se corre la voz. Tras el nacimiento del volcán un sinnúmero de reacciones se manifestaron a lo largo y ancho del país y fuera de él. Era la primera y única vez que un volcán podía ser observado desde su nacimiento. En pocas semanas San Juan Parangaricutiro estaba repleto de gente: viajeros, científicos, estudiosos, funcionarios, curiosos y turistas llegaban de todo el país y de otras partes del mundo para ser testigos del espectáculo.

Uno de esos testigos fue Gerardo Murillo, mejor conocido como el Dr. Atl, quien produjo una notable cantidad de dibujos y pinturas de la erupción del Parícutín. Del Dr. Atl, quien además de pintor, escritor, excursionista y político, fue un apasionado de los volcanes mexicanos y un viajero incansable, se sabe que llegó a San Juan Parangaricutiro poco tiempo después de iniciada la erupción en 1943, a la edad de 68 años y decidido a permanecer ahí para pintar y maravillar sus ojos ante el singular fenómeno del nacimiento de un volcán. Su obra más importante acerca del Parícutín, considerada como una joya bibliográfica, "*Como nace y crece un volcán, el Parícutín*" (Dr. Atl. 1950), reúne lo más maravilloso de su producción en óleos y

dibujos sobre las diferentes etapas del coloso entre los años de 1943 a 1950. Otra parte importante de la obra citada son los conceptos científicos que formuló acerca del nacimiento del Parícutín.

Sin duda fue un hombre polémico que, en consecuencia, atrajo la atención de una infinidad de autores tales como: Luna-Arroyo, Myers, Casado-Navarro, Moysen, Crausaz, Decker, entre muchos otros. Diego Rivera se refirió a él como: "...uno de los personajes más curiosos que ha nacido en la modernidad del continente americano, tiene la historia más pintoresca de todos los pintores, imposible ensayar la relación sin emplear varios tomos" (Instituto Jalisciense de Bellas Artes, 1965 in Casado-Navarro, 1984).

Entretanto los geólogos investigaban y devoraban todo lo que observaban en pro de la ciencia y el conocimiento. Mientras tanto, los turistas realizaban excursiones aventureras y de entretenimiento en torno al volcán, dando lugar a una importante fuente de ingresos para los habitantes de la región.

Por su parte, las autoridades llamaban al auxilio de las personas y de los pueblos afectados al tiempo que planeaban acciones de evacuación y reubicación de éstos en zonas cercanas a Uruapan.

El cielo y la tierra se cubrían de negro, mientras que, silencioso y temerario continuaba el crecimiento del Parícutín. Para junio de 1943 cuatro meses después de la primera explosión, el volcán había cubierto de lava un millón de metros cuadrados y la columna de humo alcanzaba los seiscientos metros de altura.

Los habitantes del Parícutín tenían que ser evacuados ante la inminente desaparición de su pueblo, que se ubicaba a tan sólo dos kilómetros del coloso, y partir hacia Caltzoncin, su nuevo hogar. San Juan se veía amenazado también, pero sus habitantes, incrédulos, se negaban a salir. No fue sino hasta un año después, el 3 de mayo de 1944 que el riesgo y la amenaza fueron reales y tangibles: la lava había llegado al panteón municipal y el pueblo debía ser desalojado.

El 9 de mayo la imagen del Señor de los Milagros fue llevada a Angahuan, de allí a la ciudad de Uruapan, y el 12 fue trasladada a un lugar llamado Tzindio, a la entrada de lo que iba a ser su nuevo pueblo de San Juan Parangaricutiro.

Los habitantes del antiguo San Juan dejaban sus hogares y a sus muertos para verlos desaparecer bajo la negra ceniza y los ríos de lava. Abandonaban así su pueblo fundado en el siglo XIV.

Mientras, una nueva corriente de lava salió del volcán el 7 de junio de 1944, los ríos al rojo vivo avanzaron por las calles y casas de Parangaricutiro. El 8 de junio la lava llegó al templo, destruyendo paredes, una torre y todo el interior, dejó intacto únicamente el marco de la entrada y el altar principal. Posteriormente, rodeó el templo y llegó a la plaza principal, después al resto del pueblo.

En el año de 1946 el volcán medía 425 metros de altura. Cerca del volcán la capa de arena llegaba a los ocho metros de alto.

El coloso estuvo en erupción durante nueve años. Y por fin, el 25 de febrero de 1952, después de nueve años y cinco días de ininterrumpida actividad, cesó la emisión de lava y productos piroclásticos en el Parícutín. De acuerdo con el científico Cari Fríes el peso total de material volcánico fragmentado y lava emitidos de 1943 a 1952 fue de 3 560 000 toneladas.

La lava invadió un área de 40 kilómetros cuadrados. La arena y ceniza alcanzó a llegar a una distancia de 250 kilómetros a la redonda; y los destrozos en los campos y bosques se calcularon en varios millones de pesos.

Crónica de una erupción anunciada. Entre testimonios y opinión de un experto

El Parícutín es el volcán más joven del Cinturón Volcánico Mexicano, cuyo nacimiento atrajo la atención nacional e internacional durante los años de 1943 a 1952. Como antecedente histórico de la actividad volcánica en esta región del país, se tiene el caso del Jorullo, un volcán que nació el 29 de septiembre de 1759 en Michoacán, muy similar al Parícutín y cuya longevidad fue poco más de un año.

El singular impacto que tuvo el nacimiento del Parícutín en los medios social, ecológico, científico y artístico fue considerable y merece ser recordado para entender mejor el reciente desarrollo de esta región de México.

El volcán Parícutín está localizado a 320 kilómetros al oeste de la ciudad de México y forma parte de un extenso campo volcánico (40,000 kilómetros cuadrados) con más de mil estructuras volcánicas jóvenes de edad cuaternaria que se conoce como Campo Volcánico Michoacán-Guanajuato. La región en la que está ubicado el Parícutín pertenece al sector occidental del Cinturón Volcánico Mexicano, el cual atraviesa el país en dirección este-oeste.

Los efectos de la erupción del Parícutín fueron en muchos aspectos devastadores para la región, tanto desde el punto de vista social (desaparición de los poblados de San Juan Parangaricutiro y Parícutín y reubicación de sus habitantes: 1895 y 733 personas respectivamente) como ecológico (destrucción de 233 kilómetros cuadrados de bosque). Otras poblaciones afectadas fueron Zacán, Zirosto y Angahuan las cuales recibieron una lluvia constante de ceniza.

Pero, a pesar de la considerable destrucción de bosques y alteración de ecosistemas, el Parícutín ofreció una excelente oportunidad para estudiar desde un punto de vista científico este tipo de fenómenos. Muchas fueron las personalidades que visitaron el Parícutín y muchas las controversias generadas en torno a las diferentes opiniones expresadas. Todo esto contribuyó a la generación de mitos, historias y revelaciones que hoy forman parte del legado histórico y cultural de la región. Es por ello que el nacimiento del volcán tiene un significado múltiple: algunas personas tuvieron que abandonar su tierra, y otros fueron elegidos para presenciar un fenómeno extraordinario.

Algunos de esos testimonios fueron recopilados por Rafael Mendoza Valentín, quien en su libro *Yo vi nacer un volcán* reúne la historia, los testigos y recuerdos acerca del surgimiento del Parícutín. A continuación se presentarán los más impactantes:

Una de esas personas fue la esposa de Dionisio Pulido, doña Paula Galván, entrevistada por Mendoza Valentín, en el año de 1983, a la edad de 95 años, y esto es lo que recuerda: *"mi esposo, yo y mi hijo andábamos allí donde reventó el volcán. Mi esposo estaba arreglando la tierra pa' sembrar, yo y mi hijo andábamos cuidando unos borreguitos... un ingeniero que había ido al pueblo nos había dicho de que hoy no iría a pasar, para que apareciera el volcán. Y todo el día eran muchos temblores y bien fuertes. Ya cuando el sol estaba bajito, como a las cinco de la tarde, se oyó un ruido muy fuerte y vi como se abrió la tierra allí*

cerquitas de donde estaba. Y allí cercas estaba un pino y pronto ardió, yo me asusté muchísimo, mi esposo también. A la carrera mijo y yo empezamos a arriar los borregos para alejarlos de allí y pronto llegamos a la casa y los encerramos. Al llegar una señora me dijo: ¿Dónde tronó?, yo le dije: Allá en mi terreno, y me quedé muda, ya no pude hablar. A mi esposo sí le preguntaban muchas cosas de cómo habíamos visto el volcán cuando nació. Aquello estuvo espantoso feo, feo. El sí siguió yendo al volcán. Después mi esposo se fue como ocho meses a Estados Unidos trabajó en la naranja y también platicaba a los gringos de lo que él había visto".

Dionisio Pulido, el dueño del volcán como era llamado, murió el 30 de agosto de 1954 en su nuevo pueblo de Caitzoncin, Mich. Pero él y su familia no fueron los únicos en vivir esa impactante experiencia, el señor Enrique Toral recuerda: "yo estaba en Paricutín, ya un día antes un ingeniero nos había avisado que ese día iba a aparecer el volcán, porque él ya había visto que en algunos lugares la tierra se estaba hinchando. Pero no sabíamos dónde; nosotros nomás estábamos esperando a ver a qué horas y dónde iba a aparecer y teníamos mucho miedo. Ya cuando apareció fue con unos truenos muy feos y como si fuera una quemazón".

Por su parte la señora Josefa Murillo, nacida en San Juan de las Colchas unos trece años antes del siglo, comentó en entrevista a Rafael Mendoza Valentín: "*yo vivía en una parte alta del pueblo. Y cómo había habido muchos temblores y habían ido unos geólogos, estos nos habían dicho que iba a reventar un volcán, pero no sabíamos, si en el pueblo en otro lugar. Y en la tarde vi como un remolino, así como a unos cinco kilómetros. Yo no pensé nada de volcán. Dije: es un remolino. Todos se empezaron a ir porque se empezó a ver muy temeroso aquello, pero yo me estuve allí con mis hijos. Por la tarde, ya se veía lumbre, unas chispas grandotas. Se ponía todo más difícil. La casa cómo que se quería caer, por tanta arena. Ya mi esposo se puso a sacudirla y nos quedamos ahí. Y nonos salimos hasta que salió el Señor de los Milagros".*

Vicente Aguilar nació en San Juan de las Colchas el 3 de abril de 1895, narró que al aparecer el volcán: "yo vivía en el rancho de San Nicolás. Y a eso de las cuatro y media de la tarde nos empezó a llegar ceniza. No sabíamos nada. Después vimos mucha humadera... A lo mejor lo del volcán fue un castigo, porque el 20 de febrero anterior habíamos ido muchísimas personas a la piedra del homo donde pusimos una cruz grande de madera, de unos veinte

metros de alto y diez de brazos. Pero sucedió que unas personas de Paricutín la tumbaron a hachazos, porque pensaron que nosotros los que de San Juan, nos habíamos valido del credo, para poner el lindero de la comunidad. Pero no fue así".

El presbítero Ezequiel Montano, que era párroco de Zirosto comentó. "Eran como las tres o cuatro de la tarde cuando reventó el volcán. No sabíamos qué era. Yo estaba aquí en Zacán, cuando empecé a ver el humaderón. Pensamos de pronto que era un aserradero que se estaba quemando. Tuve que irme a Zirosto. Esa tarde, pronto nos dimos cuenta que era un volcán. Otro día me devolví, nuevamente a Zacán y me encontré con que una gran mayoría de las gentes de Paricutín estaban aquí, porque ahí cerca de ellos, apareció".

Por su parte, el Dr. Carlos Valdés González, investigador del Departamento de Sismología y Vulcanología del Instituto de Geofísica de la Universidad Nacional Autónoma de México, nos concedió una entrevista, en la cual nos explica: " El Paricutín es un volcán de tipo monogenético, es decir, que presenta una etapa eruptiva única; de este tipo existen 2 mil volcanes en el mundo. Su erupción no fue una situación crítica puesto que el avance de la lava fue muy lento, por lo que se pudo desalojar a la población, y en el caso de los habitantes de esa región de Michoacán, esto les permitió incluso dismantelar sus casas de madera, al igual que no hubo reportes de víctimas. El único caso lamentable fue la destrucción de campos de cultivo significativos para esa zona agrícola, ya sea por el avance de la lava, o por la caída constante de ceniza, la cual acabó con el follaje de las plantas".

Después, al cuestionarle acerca de la actitud de la población que tiende a asociar la idea de muerte y destrucción con la existencia de volcanes, comentó: "la razón por la que nos ubicamos en este sitio obedece únicamente al vulcanismo. El eje neovolcánico cruza toda la república en forma transversal, es donde aparecen los volcanes de Michoacán y Guana/ualo. Dicho eje, formado por volcanes, crea una meseta, la cual debido a su elevación nos permite contar con una época de lluvias bien determinada. Estas lluvias, y gracias al tipo de suelo que se forma a través de la roca volcánica, lo erosionan y generan una zona muy importante para el cultivo. Es por ello que los pobladores de Tenochtitlán en su búsqueda de un águila devorando una serpiente se encontraron con un lago gigantesco,

un suelo fértil, agua en abundancia y clima templado, por lo que decidieron establecerse aquí.

"Es por ello que en la zona de Michoacán existen ese tipo de asentamientos, debido al suelo agrícola. Nosotros vivimos aquí gracias a la existencia de volcanes, ya que de no ser por ellos, el suelo de la ciudad de México sería como el del sur de Morelos o Guerrero: árido, blanco, calcáreo, de origen marino, un suelo muy pobre para la sustentación de la agricultura.

"Existe una conexión muy estrecha entre donde estamos y lo que ha regido el nacimiento de nuestro pueblo agricultor, ya que el tipo de cultivo que se genera tiene que ver con el tipo de suelo, que a su vez está determinado por el tipo de roca que se encuentra en ese lugar".

Y de forma muy categórica aseveró: "los volcanes y los sismos son indicadores de que el planeta aún está vivo, es por ello que deberíamos alegrarnos de su existencia. Pues de lo contrario ello indicaría que el mecanismo que permite el funcionamiento de la tierra ha terminado. El calor interno se apagaría, no habría volcanes, ni sismos, pero tampoco atmósfera, lo que nos pondría en una situación crítica. Por lo tanto, tenemos que aprender a convivir con los volcanes, respetándolos, candentes del riesgo que ello implica".

Finalmente, respecto a los avances que se han registrado en el monitoreo y documentación de este tipo de fenómenos naturales de 1943 a la fecha, puntualizó: "A pesar de que ya existía en México un Instituto de Geología, las labores que realizaba no eran muy amplias, y el apoyo con el que contaba era limitado, no había presupuesto. Aunque sería más justo realizar una comparación con la situación actual; ya que aunque el mejor libro editado del Popocatepetl no fue hecho en México, sí se han registrado avances. Tal es el caso del Popocatepetl, en donde desde 1995 se instaló una de las primeras cámaras de monitoreo, que en tiempo real baja una imagen por minuto, y es ahora cuando los investigadores extranjeros consultan la información recabada por las instituciones mexicanas.

"Por lo que podemos decir con orgullo que se han registrado adelantos en el monitoreo sísmico y volcánico, nos encontramos en mejor situación que otros países de Latinoamérica. Hay mucha más participación de los investigadores mexicanos respecto a eventos volcánicos posteriores al

Paricutín, se han hecho más estudios y se ha fomentado la colaboración.

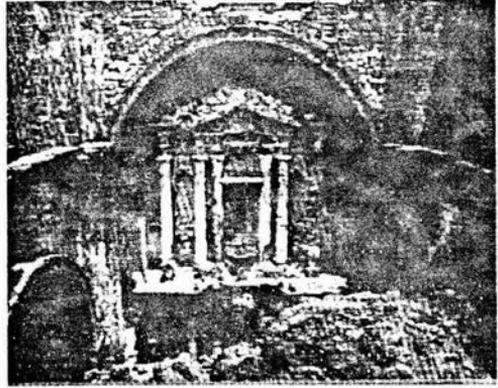
“Empieza a despegar un énfasis y un desarrollo de la vulcanología a partir del nacimiento del Paricutín”, finalizó.



Foto 6 Vista panorámica del volcán Parícutín, que hizo erupción el 20 de febrero de 1943, desde las ruinas del antiguo templo de San Juan.



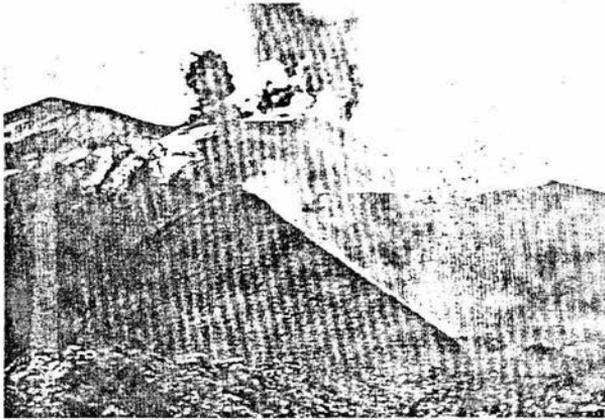
Foto 7 Fotografía del campesino Dionisio Pulido, que se hizo famoso con el sobrenombre del "dueño del volcán", ya que fue en su parcela en donde, de un día para otro, nació el volcán Parícutín. Cuyo proceso de formación se inició con una serie de temblores constantes, que terminaron por abrir una enorme grieta en el suelo caliente, de la cual salían grandes cantidades de humo y rocas.



Fotos 8 y 9 Ruinas del antiguo templo de San Juan, el cual fue arrasado por la lava. Lo único que permanece en pie es el altar principal y una de las torres.



Fotos 10 y 11 Vista panorámica de cráter del volcán. Y de su base, en donde se aprecia la enorme porción de suelo cubierta por cenizas.



Fotos 12, 13 y 14 El volcán Parícutín estuvo activo de 1943 a 1952, lo cual provocó la destrucción de pueblos, áreas naturales y fauna. Fue un gran momento para la ciencia, pero uno muy amargo para pobladores de la región.

PUEBLO NUEVO, SANTUARIO NUEVO. UNA VISITA A LA PARROQUIA DEL SEÑOR DE LOS MILAGROS

Después de la tragedia, renació la esperanza en los pobladores del antiguo San Juan, los cuales tradujeron sus frustraciones y angustias en un esfuerzo incansable por ver reconstruido su pueblo y su fe. Su labor no fue en vano: actualmente San Juan es un pueblo de 15 mil 280 habitantes, 7 mil 230 hombres y 8 mil 041 mujeres, de acuerdo con cifras del Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEGI), recabadas el 14 de febrero del 2000.

Es un pueblo pequeño y pintoresco que colinda al poniente con el cerro del Tacintaro y por el oriente con la "perla de Cupatitzio", Uruapan. Sus habitantes siempre conscientes de marchar hacia delante, de superarse, se organizan para cumplir con el ideal fijado: restituirse como municipio. Rango al que habían sido elevados el 10 de diciembre de 1831, 300 años después de la formación del pueblo, lo que provocó la paulatina desintegración de las propiedades comunales.

Gracias a las gestiones hechas por el que sería su primer presidente municipal, el señor Sebastián Anguiano Chávez, el 8 de agosto de 1950 me reconstituido como municipio. Iniciándose así obras de gran importancia para el desarrollo social: luz, red de agua potable y drenaje de algunos sectores.

El pueblo cuenta con bosques ricos en resina, con pastos que explotan comunalmente y un aserradero, su principal fuente de ingresos. Todo ello representa su patrimonio ancestral: tierras poseídas desde los tiempos de la conquista. En conclusión parcelas de suelos fértiles beneficiadas por el clima templado, en donde cultivan aguacate, principalmente, durazno, chirimoya, maíz y fríjol.

Con respecto a la formación escolar, los habitantes de San Juan saben que su desarrollo cultural se finca en la educación de sus hijos, y que el progreso de todo hombre y de los pueblos tiene su fundamento en la educación. Para ello construyeron cuatro escuelas: dos primarias, una secundaria y una de artes y oficios, que sirve también para hospedar peregrinos que llegan al santuario del Señor de los Milagros.

Renacimiento de un pueblo. Surge el nuevo San Juan

... "El 12 de mayo de 1944, en Tzindió, esperan los peregrinos. A 900 metros está el llano de los Conejos, lugar que el gobierno del Estado, representado por D. Félix Ireta, y el gobierno Federal del GraL D. Lázaro Cárdenas, les han otorgado. Ahí será donde habrá de surgir el NUEVO San Juan".

El dolor, la agonía y el llanto reprimido en los casi dos mil habitantes de San Juan Parangaricutiro, ya no se puede soportar, se desahoga: las lágrimas, los quejidos lastimeros en rostros purépechas ("cincelados con mármol de luna y bronceados con rayos de sol"), salpican aquellos cuatro kilómetros que los separa de su primera jornada póstuma, Angahuan.

Un pueblo valiente que sabe de sufrimientos y trata de defender aquello que sus padres les han legado como solemne testamento: su fe, religión y creencia en el Señor de los Milagros.

Se camina lentamente, a lo lejos va quedando como testimonio de lo acaecido el majestuoso templo con sus tres naves estilo renacimiento, que fuera la casa común durante cuatro centurias. Vigía de aquel cementerio negro, testigo del calvario de un pueblo.

Paradoja única: truenos y luces maravillosas en el volcán y en los hombres silencio sepulcral, tinieblas y tristeza en su sepelio.

Una última despedida, una última vista a aquellas tierras fecundas del maíz, frijol, peras, durazno, manzana. A sus bosques ricos en resina, carbón y tejamanil, medios todos de subsistencia durante muchos años para sus padres y abuelos, y ahora se han fundido en uno solo con el volcán, con esa lava que los ha abrazado con sus tentáculos de muerte.

Una porción de Michoacán está de luto, un velo oscuro lo cubre todo: se ha cerrado la última página de un libro, de una historia: San Juan Parangaricutiro. Comienza a delinearse el primer renglón de lo que será la exaltación de un nuevo pueblo.

En Angahuan es una noche triste, el calvario continúa. La Santa Misa ante el Señor de los Milagros tiene de fondo al monstruo ardiente, un volcán sediento de pinos y vegetación. Pero la jornada debe de continuar, la siguiente parada: "la perla de Cupatitzío", Uruapan, paraíso de Michoacán

por el canto de sus aves y el arrullo de sus aguas.

La entrada a la ciudad que canta es triunfal. El Cristo Milagroso es aclamado por miles de personas, incluso se requiere de la intervención de los soldados para que puedan seguir su camino. Esa noche la pasaron en la parroquia de San Francisco.

Finalmente llega el esperado 12 de mayo de 1944. Una última jomada hacia la ex hacienda de Los Conejos, enclavada a diez kilómetros al poniente de la ciudad de Uruapan.

La marcha es lenta, de cuando en cuando los ancianos descansan bajo la sombra de grandes pinos, sus pláticas giran sobre su templo abandonado y no concluido, que ahora ha quedado atrás a causa del amargo nacimiento del Parícutín. Los jóvenes, por su parte, parecen retar al coloso por haberlos expulsado a lugares desconocidos y los niños juegan, corren, gritan, al fin y al cabo ignorantes de la agonía del pueblo de sus padres. Ahora todos comparten un pasado literalmente muerto y entortado.

El éxodo termina al llegar a "Ahuanítzaro" (agua de conejo), un pequeño valle en donde nace el agua, y que por muchos años los abrigará. Creían que era el lugar escogido por Dios para que ahí se le levantara su templo.

Para algunos fue un alivio, para la mayoría una desilusión, ya que se encontraron con las manos vacías y con un porvenir poco esperanzador. La imagen milagrosa es depositada en una vieja troje abandonada. San Juan de las Colchas empieza a resucitar.

Los nuevos moradores elevan plegarias a Dios en su casa de madera. Como en otro tiempo, todos cantan y bailan al son de los tamboriles, en las fiestas de la cosecha y de la vendimia, en las bodas y en los banquetes, en las marchas de los peregrinos y en las festividades sagradas; logrando olvidarse, por momentos, de su reciente pasado.

Ya es mediodía. Todo el pueblo se encuentra frente a la imagen del santo Cristo Milagroso. El padre Ezequiel Montano entona el Ángelus. Terminado el rezo continúa: *"Estimados hijos, no contamos con nada, ni dinero, ni propiedades, ni casa donde abrigamos de las inclemencias del tiempo; las*

lluvias ya están sobre nosotros; debemos emprender una labor desde los cimientos. Habrá que empezar de inmediato".

Todos se levantaron conteniendo el llanto, ya ni siquiera hay tiempo para llorar ni para lamentaciones, hay mucho por hacer. Se supera la crisis, el dolor que los agobia, y como un solo hombre se lanzan a la creación de un pueblo.

De pronto Roque Anguiano, el entonces "mandón", asesorado por el cabildo dice: "compañeros, conservemos la unidad, trabajemos de común acuerdo ayudándonos en todo; poco a poco se irá trayendo de nuestro pueblo destruido lo que nos pueda servir; mientras unos se van al cerro a cortar madera otros levantamos chozas; el cabildo acondicionará un lugar para el padre".

El día transcurre rápidamente. La oscuridad los encuentra construyendo donde pasarán la primer noche las mujeres y los niños, los demás lo harán bajo la sombra de los árboles y de millones de estrellas que se contemplan en el cielo.

Poco a poco son trazadas las calles, la plaza, el lugar destinado para el templo. Los Conejos ya forma parte de los Sanjuanenses, ya tienen algo por qué luchar, ya aman aquel terruño. El pueblo se levanta, resucita lentamente, pero con pasos firmes a costa de sudores, lágrimas y sacrificios.

El canto del agua, del jilguero, de las "guarecitas" que sirven comida durante el día, hacen que la sonrisa vuelva a los rostros de todos. Una empresa colosal se ha iniciado. El reto por convertir a una tierra árida en hermoso y fecundo vergel parece alcanzable.

Después de la Santa Misa del 24 de octubre de 1944, el padre Ezequiel Montano, quien compartiera las desavenencias con sus hijos de San Juan, se despide dándoles su bendición. Lo suple en su cargo el padre Gonzalo Calvillo.

El nuevo sacerdote continúa la obra, no estima esfuerzos con tal de que el pueblo se levante, infatigable se le ve siempre. Está en todas partes, animado, consolando, ayudando en la construcción de pobres chozas.

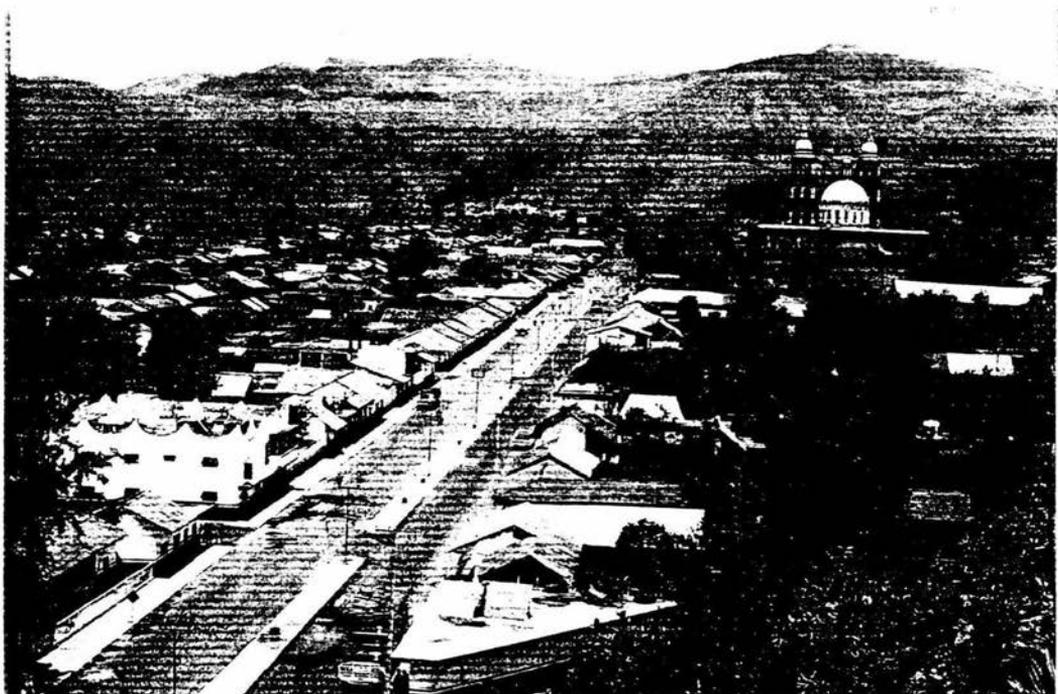


Foto 15 Vista actual del "renacido" pueblo de San Juan Parangaricutiro, con su calle principal, las imponentes torres de su santuario y la verde espesura de su vegetación. Componentes de una postal ideal.

Pero su tiempo en esta región fue breve, y a menos de un año de su llegada, el 6 de enero de 1945, le cede su lugar al padre Alberto Mora Esqueda, en cuyos hombros recae la labor religiosa de 26 apóstoles que rigieron la vida espiritual de los habitantes de Parangaricutiro.

Así fue tomando forma el Nuevo San Juan, con ayuda de los sacerdotes y la participación de la gente. Y seis años después, el primero de enero de 1951, Sebastián Anguiano, ex jefe de tenencia, se convertiría en el primer presidente municipal de San Juan Parangaricutiro, convertido otra vez en municipio.

San Juan Parangaricutiro fue fundado el 12 de mayo de 1944 como tenencia perteneciente a Uruapan, Mich. Fue elevado a municipio por el gobernador Rentería con el siguiente decreto inserto en el periódico oficial del Estado, numero 95, con fecha del 17 de agosto de 1950 que dice: *"Daniel T. Rentería, Gobernador interino de Michoacán hace saber que el H. Congreso del Estado se ha servido dirigirme el siguiente decreto. El Congreso de Michoacán de Ocampo decreta la creación del municipio de Nuevo Parangaricutiro, en lugar de Ahuanítzaro y se eleva a la categoría de Villa. "Palacio del Poder Legislativo, Mordía, Mich., a 8 de agosto de 19 50"*.

Actualmente el pueblo de San Juan ha cambiado demasiado. La gente terminó por agradecerle al volcán el hecho de que su calidad de vida sea superior. Reconocen que están mejor que en el otro San Juan, que viven más a gusto, que tienen muchas cosas que allá no tenían. Le agradecen también al Señor de los Milagros por haberlos guiado a un destino maravilloso, en donde gente de fuera los visita constantemente, todos quieren conocer el Paricutín, las ruinas del antiguo templo y la casa actual de su santo patrono. La mayoría afirma que han progresado, que nunca esperaban que fueran a tener lo que poseen en la actualidad. Se sienten bendecidos.

El progreso paulatino que ha logrado el pueblo se debe en parte a la loable labor material y espiritual, a lo largo de cuarenta años, del cura Mora. Un hombre que ha buscado la forma de que el pueblo siempre esté en continuo desarrollo. También es digna de ser tomada en cuenta la acción decidida y desinteresada de algunos jefes de tenencia y presidentes municipales.

Tal es el caso de la construcción de la carretera Uruapan-San Juan Nuevo, en

febrero de 1966, cuando se comenzó a planear como un sueño. Algunos todavía recuerdan la reunión tenida en el dispensario "Tata Vasco" de Uruapan, en donde se acordó que 22 hombres recorrerían a pie el camino por donde se iba a trazar la carretera, y cuyos trabajos se programaron para iniciarse el primero de marzo del mismo año. La carretera terminada fue inaugurada en junio de 1973, siendo gobernador interino de Michoacán, José Servando Chávez y presidente municipal de San Juan, Manuel Anguiano.

Finalmente, otra de las obras realizadas en pro del pueblo, fue la labor entusiasta del diputado por ese distrito C. Francisco Barragán Vivas y del gobernador Carlos Torres Manzo, quienes se dieron a la tarea de urbanizar el jardín principal y dos de sus avenidas principales. Obras que fueron inauguradas por el entonces presidente de la república. Lic. José López Portillo, el 30 de mayo de 1979.

Así, a paso lento los habitantes de este municipio y autoridades gubernamentales y eclesiásticas han dado su aportación para que el pueblo, gradualmente, vaya conformando una fisonomía digna del turismo que lo visita.

Difundiendo el mensaje del Señor de los Milagros. Un cristo itinerante

Después del nacimiento del volcán, habiendo sido destruido el pueblo de San Juan y el Santuario del Señor de los Milagros por el Parícutín, los pobladores emigraron un 9 de mayo de 1944 llevando consigo la imagen de su Cristo Milagroso. Con lágrimas, llanto y sollozos caminaron los afligidos pobladores. Preside y guía su peregrinar la "bendita" imagen, a la cual confían la elección de su nuevo destino. El cansancio, los pesados bultos y los niños, los obligan a hacer una primera parada en Angahuan. La parroquia de San Francisco, en Uruapan, fue la segunda.

Durante el trayecto el Señor de los Milagros era aclamado. A cada paso eran arrojadas flores al tiempo que se exclamaba: ¡Viva Cristo Rey!, ¡Viva el Señor de los Milagros!, ¡Viva nuestra madre la santísima Virgen de Guadalupe!

El 11 de mayo del mismo año llegaron a la entrada del actual San Juan, en un lugar llamado Tzindio, en donde le construyeron una capilla al Señor de los Milagros, allí permaneció hasta el 20 de junio, fecha en que fue trasladado a una galera que se construyó a un costado del actual santuario, en donde se quedó 12 años, y el 13 de septiembre de 1956 fue llevado a la capilla de la Santísima Trinidad. El 4 de septiembre de 1957, ya dentro de la iglesia pasó a un altar de madera. Ahí estuvo hasta el 8 de septiembre de 1960, día en que se trasladó al lugar que ocupa en la actualidad.

Con respecto a la enorme importancia que jugó la presencia del Cristo Milagroso en el devenir de San Juan Parangaricutiro, Rafael Mendoza Valentín, vicario cooperador de la parroquia de San Juan Nuevo en el año de 1978, en su libro *Yo vi nacer un volcán* comenta: *"La fe de éstos hombres en el Señor de los Milagros es la que hizo posible que ellos tuvieran esperanza. Esperanza en una nueva tierra, esperanza de tener nuevas alegrías y trabajos, y esperanza en que, en un futuro no muy lejano, alcanzarían superación y desarrollo. La fe es capaz de mover montañas; y estos hombres de San Juan, a pesar de los sufrimientos y de lo contradictorio de su vida, siempre se abrazaron del Señor de los Milagros y en ningún momento de su tragedia dudaron de su Divina Providencia. Dios Nuestro Señor, a través de la imagen de su hijo, oyó el clamor de sus fieles, a quienes ha premiado, y ellos lo siguen alabando en su Santuario y en sus hogares"*.

Se comienza la creación de una nueva casa para el Señor de los Milagros. Hasta octubre de 1944, había atendido espiritualmente la Vicaría de San Juan Nuevo Parangaricutiro el padre Ezequiel Montano, quien no pudo quedarse a residir ahí por tener a su cargo las parroquias de Angahuan, Zirosto y Zacán. En octubre de ese mismo año llegó provisionalmente el padre Gonzalo Calvillo, quien había terminado sus estudios en Estados Unidos. El cumplimiento de su trabajo magisterial dentro del seminario se vio mermado por los problemas de su columna vertebral que lo habían hecho pasar la mayor parte de su vida sacerdotal en silla de ruedas, por lo que tuvo que dejar el pueblo.

El 6 de enero de 1945, arribó a San Juan el nuevo cura, el padre Alberto Mora, quien de inmediato se dispuso a dar su primera ceremonia, mientras que el sacerdote Calvillo se preparaba para irse.

La gente no esperó a que terminara la misa y salió a despedirlo. En lugar de bailar y cantar la danza de los curpites ("los que se juntaron"), la gente lloraba su partida. El sacerdote no tuvo más que acompañarlos a llorar, ya se había encariñado con esa gente. Al despedirse les pidió que le recordaran al Señor los fríos que pasó a su lado en la troje, para que lo ayude ahora que sufre y que estará lejos de su imagen, pero aseguró conservar una chiquita en su cabecera y otra en el corazón.

El sacerdote Alberto Mora, quien a sus 29 años fungía como vicario cooperador de la parroquia de San Francisco, en Uruapan, dedicó su vida a servir a los habitantes del nuevo San Juan. Joven, con grandes ideales, con ansias de trabajar, con deseos de hacer del pueblo incipiente una verdadera comunidad cristiana, el padre Mora aspiraba fomentar el florecimiento, no sólo del espíritu, sino del hombre.

Braulio Alberto Mora Esqueda nació en el pueblo de Yurécuaro, Mich., el 24 de marzo de 1916. Aprendió las primeras letras y la primaria bajo el cuidado de sus padres, Luis y Catalina. Posteriormente, a la edad de 15 años, ingresó al Seminario de Zamora un 13 de diciembre de 1931, siendo ordenado sacerdote el 7 de junio de 1941 por el Excelentísimo y Reverendísimo, señor don Manuel Fulcheri y Pietra Santa.

Las primicias de su apostolado, como vicario cooperador, las recibe la ciudad de Uruapan a partir del 8 de octubre de 1941. Su estancia me breve, pero dejó huellas en los niños y en los jóvenes a quienes se dedicó con especial interés. Sus ansias de apostolado y su disciplina lo llevó a cambiar su residencia a San Juan "Los Conejos" en enero de 1945.

La comunidad lo acepta y lo reconoce como el enviado del Señor para haeei frente a la desgracia, al infortunio, a los momentos de desaliento y desesperación. Lo saben unido a Dios en todo momento y admiran el enorme sacrificio que realiza por verlos felices.

El pueblo está de fiesta: es la entrada de los "curpites", los sanjuanenses se desbordan de alegría: risas, gritos, cohetes, danzas, todos festejan lo que consideran un regalo de Dios: el padre Mora, y admiran su entusiasmo ante el compromiso de reconstruir el pueblo de San Juan.

San Juan cuenta entonces con un gran constructor para volverlo a levantar de la nada. El "elegido" tiene el apoyo incondicional del Señor de los Milagros, con quien platica, consulta, organiza y asesora la gran obra: construcción del santuario y planeación de la ciudad.

Con voz fuerte y entusiasta, el padre Mora habla a sus hijos durante la fiesta de las Espigas —mayo de 1946—, en donde recuerda aquel San Juan Parangaricutiro destruido por el volcán y su templo arrasado por la lava. Narra que desde el madero de la cruz la imagen contempla a su pueblo y le pide se le construya una nueva morada en donde sea derramada la gracia divina sobre aquellos que acudan en busca de consuelo y perdón a sus pecados.

Una comisión dirigida por el sacerdote Mora fue a Guadalajara para pedir a un ingeniero que hiciera el diseño de la iglesia. El ingeniero entregó los planos y fueron llevados al obispo de Zamora para que los aprobara. De momento puso resistencia a que se siguiera con el proyecto por considerarlo muy costoso: 250 mil pesos, además de que temía que el volcán atacara de nuevo. Finalmente la insistencia logró disuadirlo para que firmara los planos del nuevo santuario.

Los primeros trazos los hizo el ingeniero Lemus de Morelia, después los ingenieros Luis Ugarte y José Luis Amezcua de Guadalajara, se encargaron de la obra. Se amplió el ábside, dividiéndolo en tres, con una nave en la entrada principal y dos torres.

Las indicaciones del ingeniero eran que la obra se hiciera de piedra, pero el sacerdote Mora lo consideró tardado y costoso, por lo que prefirió el tabique que era más rápido de fabricar. Miles de tabiques, de la mejor calidad, fueron hechos diariamente bajo la dirección del señor Margarito García. El tabique costaba a 20 pesos el millar y la cal de piedra a 30 pesos la tonelada. Estos materiales al mismo tiempo que se ocuparon en la obra, sirvieron para venderse a las personas del pueblo que comenzaron a construir sus casas. Fueron los primeros destellos de un municipio moderno y la promesa de una mejor calidad de vida.

Se principió por bendecir el lugar donde se elevaría la casa del Señor de los Milagros. Después comenzaron a hacerse las primeras excavaciones para los

cimientos. La primera piedra del santuario se colocó y se bendijo sobre la dala del muro derecho el 6 de enero de 1948, presidiendo la ceremonia el M.I. Cngo. Dr. Antonio Guízar.

Da comienzo la obra. Todo el pueblo trabajaba, los materiales eran transportados en carretillas, burros, costales, cubetas, botes, ollas, etc. Con todo lo que se tenía a la mano se amontonaba en tabique, arena, piedra, agua, mezcla, en el lugar destinado para ser la casa de Dios y puerta del cielo.

Los habitantes todavía recuerdan la pala siempre activa del señor Macedonio Toral, que antes de que apareciera la primera luz del día, ya tenía la arena preparada para ser trasladada a la construcción y el no menos rítmico son mañanero que tocaba doña Modesta Aguilar, acompañada de Apolonia Soto y Beatriz Ortiz.

Todos quieren dejar una parte de su ser en el santuario, desde el niño hasta el anciano; todos por mandato del ingeniero y arquitecto José Luis Amezcua, obedecen al director de la obra, el señor Hermenegildo Sánchez González, quien sin tener estudios especializados en ingeniería conduce la obra paso a paso: primero los cimientos, luego las bardas, los techos, las bóvedas, y por último dos grandes y majestuosas torres.

Parecía que el Señor de los Milagros veía con gusto el trabajo, los sudores, los sacrificios de sus fieles. Estaba bendecida toda labor emprendida en su nombre. Su palabra estaba dada, demostraba ahora la razón de la pasada prueba (la erupción del Parícutín).

Aquellos indígenas de fuerte arraigo a sus tradiciones purépechas, recibieron como premio a su empeño, las palabras de Dios que les dijo: "...había puesto la sabiduría en el corazón de todos los hombres hábiles para que ejecutaran todo lo que les había mandado hacer: el tabernáculo de la reunión, el arca del testimonio, el propiciatorio de encima y todos los muebles del tabernáculo; la mesa con sus utensilios, el candelabro de oro con sus utensilios, el altar de los perfumes, el altar de los holocaustos con sus utensilios, la pila con su base, las vestiduras sagradas para ejercer los ministerios sacerdotales, el óleo de unción y el timiama aromático para el Santuario" (Éxodo 31,6-11).

El esfuerzo tuvo su recompensa: un nuevo pueblo había surgido. El pasado

era historia. Había nacido la comunidad cristiana, y en retribución es erigida una parroquia, cuya dirección y administración estuvieron a cargo del cura Alberto Mora Esqueda. Los primeros trabajos para preparar el material de la construcción comenzaron el 9 de diciembre de 1945. Y gracias a las ofrendas de los devotos y a las faenas de la gente del pueblo, se iniciaron las labores el 8 de marzo de 1946, guiadas por Agustín y Mauricio Duarte, luego por Hermenegildo Sánchez y, finalmente, por don Benigno Aranda quien, junto con sus hermanos Abraham y Francisco, también se encargó de la decoración del santuario.

El santuario terminado mide de fondo 72 metros y 22 de ancho, cuenta con dos cruceros de 45 metros cada uno. La nave central tiene 17 metros de altura y 5 de ancho. La cúpula tiene un diámetro de 11 metros y una altura, hasta la base de la linternilla de 36 metros. Las torres miden 50 metros. El total de vitrales y claraboyas con vitral es de 120.

El estilo del santuario es románico con arcos de medio punto. La fachada es totalmente de cantera. Tiene seis pequeñas estatuas del mismo material: San Miguel, Santiago, San Francisco, San Juan Bautista y la Santísima Virgen María, en su representación de los patronos de cada uno de los barrios en que está dividido el pueblo de San Juan.

Finalmente, las campanas, traídas del antiguo San Juan Parangaricutiro, fueron subidas a la torre el 18 de marzo de 1957. Tres años más tarde, el 12 de septiembre de 1960, el templo fue bendecido, junto con el altar de mármol, por el obispo de Zamora, don José Gabriel Anaya.

En el amplio atrio de la iglesia pueden apreciarse dos construcciones únicas, las cuales fueron creadas recientemente y con el fin de atraer y entretener a los visitantes. Una de ellas es la gruta a la Santísima Virgen de Lourdes, que cuenta con una pequeña alcancía, en la que al depositar dos pesos comienza a entonarse una bella melodía regional al tiempo que se deslizan, a la par de la tonada, las corrientes de sus aguas. Otra es una modesta maqueta interactiva, que por cinco pesos, recrea el trágico nacimiento del Parícutín.

Desde entonces en ese lugar se venera y se rinde culto al hijo de Dios, al Señor de los Milagros, en el misterio de su pasión y muerte redentora. Para los sanjuanenses la devoción hacia su imagen es considerada como una

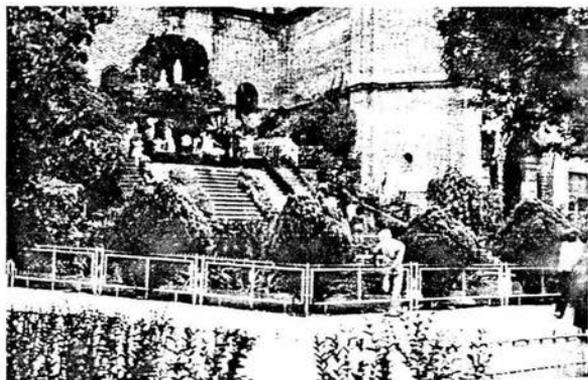
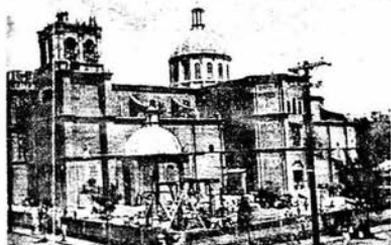
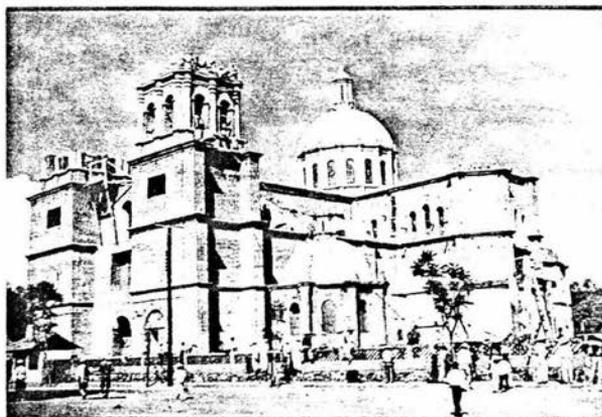
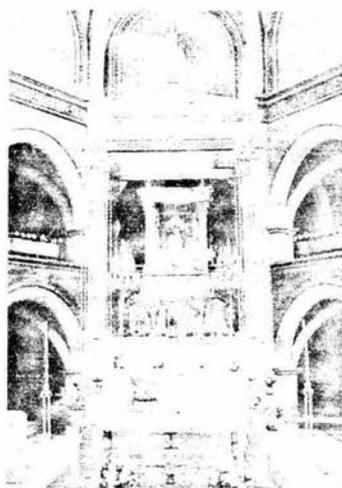
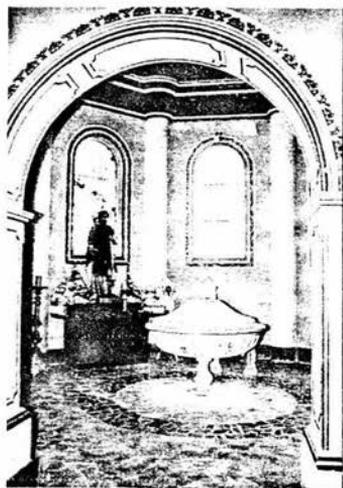


Foto 16, 17, 18, 19-Imágenes de la construcción del nuevo santuario consagrado a la imagen del Señor de los Milagros en el pueblo de San Juan, así como sus jardines y atrio principal.



Fotos 20, 21 y 22 Interior del templo del Señor de los Milagros, tina bautismal y altar principal.

forma providencial y singular mediante la cual propios y extraños pueden reencontrar y sentir en su propia vida el amor de Dios, que como nuestro padre, ha enviado a su hijo Jesucristo, para que muriendo por nosotros alcanzara nuestra salvación eterna.

El cura Mora difunde el origen de la devoción al Señor de los Milagros como una tradición antigua. Al Cristo crucificado se le ha venerado siempre, el fervor que se le tributa al Señor de los Milagros tiene ahí su fundamento. Esta imagen era conocida por la mayor parte de Michoacán, pero sobretudo

en la meseta tarasca en donde le tenían una profunda fe. El arraigo que ha tenido se debe, en gran parte, a las costumbres de los antiguos pobladores, los indígenas purépechas, así como del empeño de los habitantes del antiguo San Juan Parangaricutiro, por preservar su herencia cultural. Prueba de ello son los restos de un santuario, sepultado bajo la lava, que aún conserva los indicios de su grandeza y buena construcción. También, el nacimiento del volcán contribuyó enormemente a la veneración de la imagen.

Por fin se comprendía que el volcán no había sido un castigo de Dios, sino una bendición, ya que dicho fenómeno habría de dar a conocer la imagen del Señor de los Milagros que solamente era reverenciada en Michoacán y en la meseta tarasca. Desde entonces a la fecha se ha incrementado la afluencia de visitantes a la región.

Una de esas personas, que venía a ver el volcán, se convirtió en un benefactor anónimo donando diez mil pesos para la construcción del nuevo santuario. El donante decía haberle pedido al Señor de los Milagros que le diera un hijo, cuando se lo concedió regresó agradecido al antiguo San Juan. Al darse cuenta del desastre ocurrido decidió ayudar a la construcción de la nueva casa del Cristo Milagroso.

Otro factor que influyó en la propagación de la devoción a la imagen me la participación del señor Jesús Villaverde, de Colija, quien conocía al Señor de los Milagros desde el antiguo San Juan. En una visita que realizó al nuevo San Juan, el 14 de septiembre de 1945, en cumplimiento de una manda, se encontró con que la imagen había sido colocada provisionalmente en un jacalón, donde parecía observar cómo sus dolidos sanjuanenses construían su nuevo pueblo desde los cimientos.

Lleno de fe bailó, bailó y bailó ante el cristo, oró en silencio, sentía cómo el Señor escuchaba sus problemas, sus alegrías, sus cuestionamientos acerca del volcán y la destrucción del pueblo. Después se acercó al sacerdote Mora y le comentó que si quería podía traer una peregrinación de la ciudad de México. Mostró las credenciales que lo avalaban como organizador de las peregrinaciones de México a San Juan de los Lagos. El cura no le creyó, pues lo acababa de conocer. Aún así, él insistió pues le había hecho una promesa a la imagen que lo había librado de morir en un accidente ferroviario: regresaría en un año con su familia, amigos y conocidos. Al año siguiente, 200 peregrinos entraron a la troje de madera bailando y enarbolando el estandarte del Señor de los Milagros. Jesús Villaverde había cumplido su promesa.

Cada año aumentaba el número de visitantes, por lo que se hizo necesaria la creación de una organización "oficial" a cargo de las peregrinaciones México-San Juan Nuevo. Se formó la mesa directiva. Como presidente me nombrado el señor Jesús Villaverde, como vicepresidente el señor Antonio Contreras, como tesorera a la señorita Gloria Escobar, el secretario de organización y propaganda fue Antonio Guadarrama y como secretario general, el señor Manuel Campos. La organización continuó creciendo poco a poco hasta contar con 40 colaboradores. Los cuales ayudaron no sólo a difundir el fervor hacia la imagen, sino que fueron incansables recolectores de fondos para la construcción de la iglesia.

Gracias a tan grandiosa obra, las calles fueron bien trazadas y pavimentadas, las casas se hicieron de tabique y ya no de madera, así como se construyó la carretera hacia el nuevo San Juan. La misma construcción de la iglesia me una mente de trabajo para los habitantes y una escuela de cultura en la que aprendieron y perfeccionaron sus artes y oficios.

Las festividades de la gratitud

Sudoroso y bañado en lágrimas, manifestando una inmensa alegría en su rostro, un hombre de hábito negro baila ante la imagen del Santo Cristo Milagroso —como en otro tiempo lo hiciera el rey David al ser aclamado por todo Israel, y quien decidiendo entronizar en su capital, del todo renovada, el arca de su Dios, acompañado por toda la casa de Israel danzaban delante de

Yavé con todas sus fuerzas, con cánticos, cítaras, arpas y tamboriles, citros y cimbaillos (2 Sam. 6, 5-16)—. A los pocos minutos, una docena de personas hacen lo mismo en su manifestación de fe y agradecimiento a la silueta clavada en la cruz. Pasada una hora, ya medio pueblo de San Juan Parangaricutiro llena las tres naves del templo que con asombro contemplan a su pastor, el cura Pablo del Río quien dejando de danzar les dice a los que le rodean que se encuentra completamente aliviado, que sus piernas y brazos antes abatidos por el reumatismo, ahora son flexibles y sanos. Confiesa que le pidió al Señor de los Milagros por su situación y fue escuchado. El Cristo Milagroso le había devuelto la salud. Es por ello que danza de alegría y agradecimiento, —manifestación que fue conmemorada, sin saberlo, 77 años después por el señor Jesús Villaverde dentro del jacalón en donde se colocó a la imagen provisionalmente mientras esperaba la construcción de su santuario, en el nuevo San Juan.

Fue así como el amor, la devoción, el culto, el baile y las danzas a la imagen fueron creciendo y expandiéndose. Ya que los sanjuanenses escogieron como manera de expresión a la danza. Viven con plenitud, felices o doloridos, esa necesidad urgente de expresarse a través de los movimientos de su cuerpo. El hombre inmóvil no está completamente vivo, es como si estuviera mudo.

Bailar simboliza algo más que una expresión corporal. Representa dar y darse, es amar. Y como el amor, la danza es vivaz, irresistible, embriagadora. El pueblo de San Juan todavía conserva la tradición de manifestarse a través de la danza como respuesta a sus profundos impulsos interiores, llenos de prodigalidad, regocijo y gratitud.

El hombre al bailar ante la imagen del Señor de los Milagros traduce y da significado a todos sus pensamientos y deseos. Reza con todo lo que él es, bendice, da gracias, alaba a su Dios, porque la danza no es una simple explosión de vitalidad o la exteriorización de una presión interna que se libera. Es algo que está más allá que sí misma. Representa el salto de un umbral, el acceso a una realidad insólita y superior, en conclusión, una experiencia reveladora.

Los que danzan tienen la impresión de entrar en un mundo nuevo, en una vida intensa e incomparable. Se dice que están fuera de sí, en donde lo



Fotos 23, 24, 25, 26 y 27 La danza es la explosión de la vida, en esa belleza y lozanía de las formas que se mueven. Y para los habitantes de San Juan representa un acercamiento con lo espiritual, un enlace celestial.

extraordinario de la danza los sumerge en un viaje vertiginoso dentro de la atmósfera de lo sobrenatural. Entrar en contacto entre lo inefable y lo divino. No es de extrañarse que la danza, así sacralizada, desemboque en el éxtasis. La danza es la explosión de la vida en esa belleza y lozanía de las formas que se mueven. Es el empleo de todos los recursos de que dispone un cuerpo para liberar y manifestar la intensidad, una carga espiritual que en él late, que le estremece, le conmueve y le desborda.

El hombre que danza se asemeja al fuego. Crepita y chispea, rebulle y hace remolinos, poderoso y aéreo, de una pureza fascinante y sorprendente. La danza es la vida que brota y estalla en una cascada de hallazgos maravillosos.

Es juego de finales felices, un capricho. Es una ruptura continua del equilibrio que se rectifica a cada instante. Una especie de inestabilidad armónica. Es la mejor armadura provista de herramientas imaginarias para dibujar en el aire. Es una proyección múltiple e incansable de figuras que aparecen y desaparecen.

Es por todo lo anterior que miles de creyentes en el Señor de los Milagros danzan frente a su imagen, porque tienen necesidad de ese canto del cuerpo, de la libertad de regocijarse delante de todos. A las puertas del santuario comienza su recorrido. Aligerados al máximo, sin las ataduras de las normas y las cosas, el cuerpo como el corazón van al descubierto. No se detienen hasta que llega el cansancio a sus pies.

Le piden, le agradecen, le alaban, le bendicen. Todo ello a través de la danza. La cual participa de un mundo superior, para ellos es una especie de mediador entre el cielo y la tierra, entre las leyes y la libertad, entre el hombre y la naturaleza y entre ellos y Dios.

Fervor religioso el catorce de septiembre

"... Día de la exaltación de la Santa Cruz, día en que la fe se toca con las manos, encuentro del hijo pródigo con su padre, por medio de los sacramentos... Fuera de la iglesia la feria, no hay espacio en la plaza ni en calles próximas para una persona más.

Todo está lleno. Todo se vende, todo se compra, desde lo más santo hasta lo más nefasto. Confusión en la vendimia ininterrumpida durante 15 días. Todos anuncian

sus mercancías. Aglomeraciones en la iglesia, en la plaza, en los autobuses, en las casas y hasta en la cárcel municipal. Todos quieren un pedazo de salvación..."

Es el 14 de septiembre de cada año, cuando puede presenciarse la fiesta del Señor de los Milagros. En el pueblo se vive un espectáculo sublime y grandioso de fe y amor a aquel que los cuida desde la cruz. Es una romería conmovedora que no escatima sacrificios con tal de llegar a tocar al Todopoderoso, de encontrarse con él por medio de los sacramentos. Los miles de peregrinos que llegan al hermoso paraíso tienen la oportunidad de transportarse a los primeros años de la evangelización en la meseta tarasca. Los paisajes, olores, sonidos y calores recrean aquellas tierras vírgenes, nunca antes profanadas. Personajes como el Tata Vasco y fray Juan de San Miguel son algunos de los representantes de la fe cristiana, que se encargaron también de difundir el culto hacia el Señor de los Milagros.

El camino de México a San Juan se recorre en más de seis horas. Existen tres vías para llegar. La ruta más corta es de 421 kilómetros, pasando por Villa Carbón, Atlacomulco, El Oro, Tlapujahua, Maravatio, Charo, Morelia y finalmente San Juan. Pero el tiempo avanza rápidamente hasta hacerse detener por instantes al contemplar las bellezas naturales que nos ofrece el estado de Michoacán: el hermoso azul de los lagos y las melodiosas aguas de sus ríos, se mezclan con los matices multicolores de sus artesanías.

El destino final y obligado es San Juan Nuevo. Ya sea en coche, autobús, taxi, a pie o en caballo, se reúnen a la entrada del pueblo los peregrinos que vienen a ofrendar su corazón. Arriban con el firme deseo de ser purificados por medio de la comunión del perdón. Otorgándole ese poder a la imagen de su Cristo Milagroso. En un solo grito, en un solo aplauso, en una sola emoción esperan ser abrigados por las palabras del que eligieron como su salvador.

Cohetes, música, comida, algarabía, abrazos, saludos, los visitantes ya forman una familia más con los anfitriones. Las campanas están de fiesta, suenan enérgicas como si quisieran desprenderse de la torre y echarse a volar, anuncian la entrada triunfal de los peregrinos. El perfume de las flores se desprende de ramos multicolores que portan los recién llegados. Todos rezan, cantan, gritan, algunos lloran. Todo es confusión. Y en ella

tiene cabida su Dios: la voz de un cristo y la presencia del Señor.

El padre Mora da la bienvenida a los miles de viajeros, ansiosos de palabras de consuelo y de limpieza espiritual. Una vez más se realiza el encuentro de Dios con su pueblo. Para los de San Juan se cumple una doble celebración, pues afirman que el cielo también está de fiesta, porque la oveja perdida ha sido encontrada. Se alegran por el nacimiento del volcán Parícutín, ya que creen que fue el medio del que se valió el Señor para que fuera conocido y alabado por más gente. Se cumple la profecía: "...marcharán pueblos numerosos y dirán: Venid y subamos a la montaña de Yavé, a la casa del Dios Jacob, para que él nos dirija por sus caminos y caminemos por sus sendas; porque de Sión viene la enseñanza y de Jerusalén la palabra de Yavé"(Is. 2, 2-3; Miq. 4,2).

Ese fervor, esa necesidad de asirse a un ideal, a un sueño de salvación, a una vida posterior a la muerte; esa búsqueda del perdón y la satisfacción de las necesidades más básicas, son las actitudes que describen el comportamiento de los visitantes al templo. Sus rostros serenos hablan en silencio mientras reciben con los ojos cerrados la brisa del agua bendita. Simboliza un rasgo distintivo que nos resulta atrayente, fascinante, sutil, estremecedor.

Quizá en las palabras de don Adolfo Hernández Hurtado, quien siendo obispo de la Diócesis de Zamora, siempre se refería al fenómeno de la idolatría como la historia de un pueblo. Y como en todas las historias, siempre aparece un caudillo, un jefe, un líder, que cautiva y arrastra consigo a toda la gente a su paso, haciéndolas partícipes de las más inauditas hazañas. El nombre y la memoria de esos héroes queda grabada profundamente grabada en la historia y tradición de los pueblos.

San Juan Nuevo es un pequeño pueblo escondido entre la espesa selva michoacana. Tiene su historia y tiene su caudillo. El nombre de su héroe se remonta a los siglos XV y XVI. Es un caudillo que ha querido entrelazar su vida con la de este pueblo.

Un pueblo que lleva el distintivo de la tragedia, del sufrimiento y los sacrificios. Una cualidad que lo hace encajar perfectamente dentro del entusiasmo pagano que acepta con resignación los caminos penosos, magistralmente escenificados, en el accidentado camino hacia el antiguo

santuario.

El Señor de los Milagros continúa con la tradición de alabar la imagen de Jesús crucificado colocada en lo alto del altar mayor de un templo. Difunde el mensaje de su muerte agonizante y del amor hacia su pueblo que ha sido redimido. Tiene la grandeza de un Dios que domina y atrae a las masas. Su rostro cuidadosamente expresa el sufrimiento espiritual. Los cantos versan sobre su llegada a este mundo como mediador entre Dios y los hombres. Paso a paso guía a los nuevos peregrinos que quieren ser evangelizados y continúa sanando las heridas de sus fieles. A todos los que llegan arrepentidos les concede el don de la libertad. A los faltos de fe y esperanza los convence a través de sus milagros.

Los peregrinos al regresar a sus hogares, después de haber visto y escuchado las voces de miles de fieles que alaban y glorifican al Santo Cristo, han conocido la historia de un pueblo y de su caudillo.

Se sabe que el Señor de los Milagros cuenta con fieles en todo el país. Centro y Sudamérica y Estados Unidos, y a lo largo de los festejos (14 al 21 de septiembre) llegan a visitarlo más de 70 mil personas.

Una semana después de los festejos del 14 de septiembre, tiene lugar la celebración de la Octava, el día 21. El pueblo acompañado por cientos de peregrinos de Ciudad Guzmán, Jalisco; Sahuayo, Zamora y Uruapan tributan al Señor de los Milagros entre vítores, acciones de gracia, actos de fe, música y cohetes mientras pasean la imagen del cristo milagroso por las principales calles del pueblo.

Fiestas y tradiciones

El pueblo mexicano, de una enorme riqueza humana, representa un mosaico de pluralismos culturales, los cuales se ven reflejados en sus fiestas, costumbres y tradiciones.

Resumir las tradiciones y las fiestas populares de Michoacán resulta imposible, ya que, de acuerdo con la edición especial de la revista México Desconocido publicada en octubre de 2001, se tienen registradas 367

celebraciones anuales en 190 poblaciones del estado. A este considerable número se suman las ferias agrícolas y ganaderas.

Las tradiciones populares en Michoacán son resultado de la convivencia secular de las culturas purépecha, náhuatl, mazahua y mestiza que las han conservado y transmitido por generaciones en cada comunidad, constituyendo un fuerte vínculo de identidad cultural.

La música tradicional michoacana está presente en todas sus festividades: sones abajeños, antiguas canciones románticas y las famosas pircuas cantadas en idioma puré y en castellano, son algunas de las manifestaciones musicales del estado que alternan con danzas, atuendos y máscaras cuyas características son inconfundibles.

La enorme variedad de las tradiciones y festividades de Michoacán es sólo parte de lo que tiene por ofrecer. De tal manera que la experiencia de presenciarlas se enriquece con el bello entorno natural, y con el acervo arqueológico, histórico y arquitectónico de las poblaciones donde se llevan a cabo.

Pindecua. Más allá de la costumbre sobreviven las ancestrales danzas

Como se mencionó anteriormente, la danza es una de las manifestaciones por las que cada pueblo da a conocer sus tradiciones, alegrías y sentimientos. Llenan de regocijo tanto a sus ejecutantes como a los que los observan. No es la excepción el pequeño pueblo de San Juan Parangaricutiro.

Una de sus danzas más populares es la de los curpites, término que significa "los que se juntaron". Este baile es de origen netamente purépecha. Por desgracia se ignora el nombre de la persona que lo inició y la fecha de su nacimiento. Hay quien dice que data desde la conquista del imperio tarasco, siglo XVI, y que tan sólo ha sufrido pequeñas modificaciones en su vestuario y en algunos acordes de su música. Tal es la opinión de una anciana mujer (más de cien años de vida), de nombre Magdalena Gutiérrez, quien afirma que el surgimiento de las danzas precedió al nacimiento de su pueblo.

En sus inicios los jóvenes danzantes usaban máscaras con figuras de animales (venado, coyote, leopardo, etc.) y emitían fuertes aullidos tratando

de asemejarse aun más, hecho que se ha vuelto característico (el grito) de la danza de los cúrpites. Los instrumentos musicales que se usaban para el baile recibían el nombre de tantán tzicuar y el teponaxtle, ahora se contrata una banda.

Con el paso del tiempo, las máscaras de rasgos animales fueron suplidas por unas de características humanas y llevaban sobre ella un costoso sombrero bordado con grecas de hilos de oro y plata. En la espalda se extendía una capa adornada con chaquiras, cuentas, espejuelos, listones y flores de papel. En los pies se ponían cascabeles para seguir el ritmo de los sones. A los pocos años el sombrero fue remplazado por una cabellera compuesta de cerdas de animales.

La danza se compone de dos grupos o "cuadrillas" de jóvenes, los cuales compiten tanto en el baile como en el vestuario y la música. El espectáculo comienza con la entrada de las bandas a la plaza principal de San Juan y tiene una duración de tres días (del 6 al 9 de enero).

Los grupos están compuestos por los siguientes integrantes: la "maringuía", un hombre vestido de mujer indígena y con una máscara que representa a la Virgen María; el "tarépete", se coloca cascabeles y fajas enredadas en los pies, unos delantales colgados del cuello al frente y por detrás; un capotillo con espejo al centro, un guaje largo maqueado a colores, una máscara con cabellera blanca —representando quizá a San José— y un bastón grande con una campana.

Finalmente, los "cúrpites" que son 15 o más, visten casi igual que el "tarépete", excepto por el capotillo y el guaje, los cuales son sustituidos por unas mangas de franela en formas de sarapes adornados caprichosamente con lentejuelas y chaquiras. La danza completa consta de cinco partes:

Entrada, Danza de los Cúrpites, Danza del Tarépete o el Viejo, Danza de la Maringuía y Salida.

La alegría juvenil se desborda durante esos días. Los jóvenes lucen hermosos y vistosos mandiles que van coleccionando durante todo el año, obsequio de las muchachas casaderas, en cuyas casas serán recibidos los cúrpites, quienes a cambio de sus bailes recibirán dulces tradicionales.

Otra danza característica es la del Vaquero. Tiene lugar durante la fiesta del

Carnaval, se realiza entre los "cargueros" de la Capilla del Hospital y los encargados de organizar las actividades culturales del evento. Consiste en una contienda de toros, representada por hombres, en donde el más fuerte cosecha el aplauso del público.

Los protagonistas se colocan en la cabeza una armazón en forma de toro, y consiguen "arreadores" o padrinos, quienes los cabestrear de un cuerno animándolos para la lucha. Posteriormente, al compás de la música, dan un recorrido por las principales calles del pueblo tratando de embestir a quienes con banderillas quieren torearlos, en su mayoría las esposas de los cargueros, las cuales lucen sus mejores galas.

El 24 de junio se celebraba la fiesta de San Juan Bautista, patrono del pueblo, y durante ocho días se vivía un ambiente de júbilo y solemnidad. Las bandas interpretaban sus mejores piezas musicales, mientras que los cohetes explotaban en el cielo. Niños adolescentes y ancianos se reunían para celebrar, entre gritos y aplausos, el espectáculo de la danza protagonizado por ocho personajes: el alférez, el capitán, el gran turco, el sargento y los cuatro soldados, quienes lucían calzoncillos de franela, atrás un capotillo de tela fina, un turbante en la cabeza, decorado con una media luna dorada, listones y tres mascadas o paliacates que pendían hacia delante; espuelas en los zapatos y collares de cascabeles.

Moros y Soldados, el día de la fiesta, recorrían las casas de los principales cargueros del pueblo, por ejemplo del mandón, mayordomo y fiscal; y les presentaban lo mejor de sus bailes, al tiempo que recitaban una especie de discurso alusivo a la festividad ("loas"). Desgraciadamente esta danza ha dejado de presentarse debido a que los cargueros en turno debían de costear todos los gastos de los días de fiesta.

La danza que aún sigue vigente es la de los Chichimecas, una de las más antiguas. Está formada por parejas de hombre-mujer. Consiste en que el hombre va brincando delante de su compañera llevando un arco y flecha, y va seguido por la mujer de la valla que forman las demás parejas, y así continúa hasta salir; todas las parejas hacen lo mismo hasta terminar.

La indumentaria del hombre consiste en terciarse unas fajas de mujer sobre el calzón y camisa blanca y unas plumas de ave en la cabeza. La mujer lleva un

pañó o sonaja en la mano, adornando su frente también con plumas, lleva los pies descalzos. El 14 de cada mes, cuando se lleva la imagen peregrina del Señor de los Milagros a casa de un carguero, es cuando se presenta esta danza, así como también en la fiesta de la Octava el 21 de septiembre.

Los bailadores de dos en dos o la danza de los Tziman Guaran se realiza conforme a la leyenda de la Virgen del Hospital, la cual narra que cuando la imagen de la virgen iba a ser trasladada al antiguo poblado de Phatzingo, después de un tiempo siempre volvía a su lugar de origen. Cuando el mayordomo se daba cuenta de su desaparición organizaba una comitiva para traerla de nuevo. Hasta que un día la gente le prometió que para el día de su fiesta, el 8 de diciembre, le llevarían agua de la laguna de la región de Phatzingo para que se "empapara"; promesa que se cumple cada año. Es por ello que ocho días antes de la fiesta, fecha en que los "semaneros" van por el agua, al lugar citado, a su regreso son recibidos con música y bailes que terminan en la capilla de la Virgen, donde se deposita el agua.

Una fiesta esperada por todos con alegría por sus cantos, sus bulliciosas posadas y los aguinaldos, rodeada de luces multicolores, es la de las "Cuevitas" de los "Tziman Guarari", y la de "Los Pastores", ya que la época en que se presenta, la navidad, invita a reflexionar, y nace algo nuevo en el interior de todos los que participan en ella.

La noche del 24 de diciembre el grupo de los "viejitos" se traslada a la casa donde se encuentra el niño Jesús en su "cuevita", de donde es llevado entre música y baile a la iglesia para la misa de medianoche o de gallo. Durante el recorrido son precedidos por las "Palmeras", indias de pasitos lentos como murmullos, de largas trenzas negras adornadas con guirnaldas de flores y listones multicolores. Simbolizan ser doncellas con olor a pino, amapolas en flor. Son descritas como portadoras de mantos de primavera, redondas y grandes. Regalan rayos de oro y de plata. Esta bella representación hace alusión a las jóvenes que están al servicio de la Capilla de la Virgen, y son las encargadas de transportarla a la iglesia parroquial.

Uno de los ritos o ceremonias más poético y pintoresco, es el de las nupcias. Un acto casi solemne. Representa la realización de un sueño, de una ilusión, de una esperanza. Es el ideal forjado entre la juventud, el cual llega a

cristalizarse con el contrato matrimonial entre las nuevas parejas.

El acto matrimonial consta de varias etapas. Los preparativos comienzan cuando los padres y padrinos de bautismo y confirmación del novio, van a la casa de la novia, por la noche, llevando como obsequios botellas de vino y cerveza. Cuando se juzga conveniente el padre o el padrino del novio comunican el motivo de su visita. Es ahí cuando comienza el ritual de la "pedida de mano". Los padres de la novia reaccionan con cierto asombro, pues argumentan desconocer la existencia de la relación, por lo que le piden a las vistas que les den tiempo para reflexionar acerca de la decisión que van a tomar y les indican que regresen dentro de ocho días.

Pasado el tiempo fijado, la misma comitiva, ya entrada la noche, se hace presente una vez más en la casa de la novia, llevando consigo, además del vino, pan y fruta en canastos. La petición de mano se repite, y en esta ocasión el plazo que se establece es de dos o tres meses.

Transcurrido ese lapso la familia más cercana del novio acude al "sí" en la casa de su futura esposa. Los obsequios para la novia y su familia se duplican, al igual que el vino. Llega el momento en que la familia accede a que su hija contraiga matrimonio con su pretendiente. En la calle truenan los cohetes. Al día siguiente se presentan con el sacerdote acompañados de sus familias y se casan por el civil.

Los tres sábados siguientes a la presentación, las hermanas y primas del novio, llevan como obsequio a la futura esposa, agua y jabón, simbolizando con ello la limpieza que debe guardar en su persona, vestimenta y hogar. Por su parte los padres del novio, durante los tres domingos que se leen las amonestaciones en el templo parroquial llevan a la casa de su nuera comida y dinero para los gastos de una semana, manifestando así el cuidado que tendrán, de por vida, de la manutención de la joven.

Por su parte, los hermanos y primos del novio, ocho días antes de la celebración del matrimonio religioso, se ponen de acuerdo para subir el monte con el fin de traer leña. Misma que será repartida a los parientes de la novia, quienes a cambio les darán zapatos, prendas de vestir, sarapes, etc.; acción que será recompensada por la madre del novio, quien les hará llegar, el día de la boda, alimentos tradicionales y pan.

Un día antes de la ceremonia, las cuñadas del desposado esconden a su prometida, la cual deberá ser encontrada por las hermanas del novio, pues de lo contrario tendrán que pagar cincuenta pesos, antes de que se les entregue para llevarla a bañar.

Llega el gran día. La celebración es en grande, llena de suntuosidad y lucimiento. Una vez fuera del templo parroquial, una banda de música acompaña al nuevo matrimonio. Ella vestida de blanco, él con pantalón negro y camisa blanca, son seguidos por los asistentes, quienes se dirigen a la casa del padrino, en donde se sirve el desayuno, que consiste en chocolate, atole de leche y pan. La comida es en casa del novio. Consta del tradicional mole, arroz y tortillas de maíz.

Las hermanas y primas del padre del nuevo esposo, llevan bateas llenas de tamales, pan y fruta a la madre y madrina de matrimonio de la recién casada, como un presente y en agradecimiento por haber permitido a la joven casarse.

Y de manera habitual, como ya es costumbre, una no muy agradable, que las hermanas y primas de la madre del novio tienen que tomar vino hasta emborracharse, dando un triste espectáculo a los invitados.

Por la tarde, hombres y mujeres, formando dos mieras bailan la danza llamada "mangas" en cada una de las esquinas del pueblo y en casa de los padrinos de matrimonio. Y al llegar la noche se reúnen a cenar en casa de la novia. Las hermanas y primas de la recién casada sirven a los invitados mole con frijoles y tortillas de maíz.

Terminada la cena, antes de entrar al cuarto nupcial, la nueva pareja escucha los consejos de un pariente, acerca del amor, fidelidad y respeto que deben profesarse siempre. Al final se despide dándoles su bendición.

Al día siguiente tiene lugar una nueva reunión entre los padres, padrinos y parientes del novio. Dicha comitiva realiza el siguiente recorrido: primero visitan la casa de la novia, después la del padrino del matrimonio, en donde se ofrece el desayuno y finalmente regresan a la casa del novio donde se sirve la comida: atole y tamales.

Finalmente en la noche del segundo día, ambas familias visitan la casa del padrino de matrimonio, quien saca a un ahijado próximo a casarse cargando una silla sobre su espalda y una máscara de "Negrito". En la silla van

colocados un metate, vasijas de barro, una escoba, un petate, un soplador, un hacha y varios instrumentos de labranza. Cada objeto tiene un significado: la silla, porque la mujer debe permanecer en su casa, el metate, para que la esposa muele el maíz, como símbolo de que se encargará de alimentar al compañero de su vida, las vasijas de barro, en donde deber servir las frutas a su esposo, la escoba, como el cuidado de la limpieza que prevalecerá en su nuevo hogar; el petate, representa el descenso que merecen después de un día de arduas labores, el soplador, como la constancia en el deseo de mantener viva su relación, el hacha, puesto que el marido está encargado de llevar leña, como signo de su compromiso de proveer el sustento diario; y por último, los instrumentos de labranza, que deben abrir la tierra y producir frutos, es decir, que los cuidados y las atenciones diarias entre los cónyuges les augura un matrimonio feliz y duradero.

Continuando con las costumbres y tradiciones del pueblo de San Juan, a continuación se abordarán las celebraciones más representativas.

Cada año, el 6 de enero, las niñas y jóvenes llevan agua natural a las casas de las personas que han participado en la danza de los "pastores" y "viejitos", y son recompensadas con un plato de pozole y una caña de castilla.

Le sigue el martes de carnaval, el cual se realiza en la capilla del hospital. Consiste en recrear la leyenda que narra que el vaquero encargado del ganado de la Virgen tenía que marcar sus nueve crías. Es por ello que los cargueros ayudantes del mayordomo lazan a un grupo de hombres, en especial jóvenes y niños, simulando que son ganado, los llevan a la capilla en donde los tumban para ser marcados. Dicha marca la hacen con una tinta roja en el sombrero o en la mano. Después son "vendidos" a 20 centavos o intercambiados por comida.

El jueves de Corpus es una de las fiestas más solemnes y tradicionales del pueblo de San Juan. Se inicia con la designación, por parte de la autoridad civil, de los elementos que habrán de representar su oficio u ocupación: carpinteros, albañiles, panaderos, resineros, cazadores, panaleros, tablajeros, etcétera.

Cada uno de los distintos oficios bailan sones y en procesión se dirigen al Palacio Municipal a pedir, simbólicamente, licencia para ejercer su profesión. De ahí se trasladan a la parroquia. Durante su recorrido reparten

objetos relacionados con su profesión.

A continuación llega la conmemoración de la Semana Santa. Una celebración litúrgica de gran ostentabilidad. El jueves Santo dentro de la Capilla de la Virgen se realiza la bendición de los alimentos que el mayordomo entrega a los cabildos, al tiempo que las "palmeras" ofrecen agua fresca a los presentes. La unión de comida y bebida alude a la comunión de los feligreses con la ostia dominical.

Otra página colorida en la vida de los sanjuanenses, es la fiesta de los cinco barrios: el de la Asunción, San Francisco, San Miguel, San Mateo y Santiago. Los jóvenes de los distintos barrios, cuando se celebra el día del patrón de su iglesia, contratan bandas o mariachis. Inician el día llevando las "mañanitas" a las muchachas del lugar. Por la tarde se organiza un jaripeo y rompimiento de piñatas, las cuales son colocadas por los jóvenes frente a sus casas.

El 15 de agosto se lleva a cabo la fiesta de la Virgen de la Asunción. Con días de anticipación, las "semaneras" de la capilla salen noche con noche tocando instrumentos musicales, visitando las casas donde haya una persona que lleve el nombre de Asunción o Concepción. Después de localizarlas les piden un tributo destinado al culto de la Virgen, y si se niegan a colaborar toman algún objeto que devolverán cuando se entregue la cooperación. Cada una de las "palmeras" adorna la capilla, con una hermosa palma de dalias y se desgranar las cuentas de cientos de rosarios a los pies de la Virgen.

El día 8 de diciembre se acostumbra llevar la ropa de la virgen al ojo de agua del lugar. El sacerdote y el fiscal entregan la ropa a todos los cargueros de la capilla, que en comitiva se lleva al lugar destinado para la limpieza. El mayordomo ofrece a todos los acompañantes un caldo guisado llamado churipo y tamales, y por la tarde atole. Las "palmeras" o "guananchas" (término que significa "la que rodea", "la que carga algo apoyado en el cuello". Consiste en un grupo de mujeres dedicadas al culto y cuidado de la imagen de la virgen.) decoran las paredes del interior de la capilla con palmas triangulares repletas de naranjas, limas y flores.

Desde los comienzos de la humanidad los hombres han honrado a sus muertos hacia los que expresan no sólo emociones y dolor, sino creencias, fe y misterio. Cuando ésta llega y entra repentinamente a una casa cualquiera y se posesiona de uno de sus moradores, niño, joven o adulto el luto invade a la familia. Sus miembros no aceptan la separación, y expresan de diversos modos la esperanza de volverse a reunir.

En San Juan Nuevo esos lazos de unión se realizan a través de una vela, de una luz u ofrendando a los muertos. Si es la muerte de un niño, el último día de octubre y primero de noviembre será ofrendado por sus padres y padrinos de bautismo y confirmación. Los padres demuestran su pena tirando cohetes, haciendo atole de leche y pan. Por su parte los padrinos les entregarán una vela o dinero.

Si es joven o adulto, un día después del sepelio se inicia entre familiares y amigos el "novenario", rezos piadosos de esperanza, al final del cual los dolientes ofrecen atole, pan blanco y pozole y el día primero de noviembre, fiesta de todos los santos, regalan nacatamales a quienes porten una vela encendida, en símbolo de su fe y plegarias en señal de empatía hacia el sufrimiento de la familia. El día dos, fiesta de los fieles difuntos, dan fruta a quienes los acompañan a pedir por el eterno descanso de su pariente difunto.

Así es la vida de San Juan Parangaricutiro; este es el folklore purepecha con aromas de religiosidad pagana y cristiana, con mezcla de autoridad civil y divina, con sus costumbres sencillas y pintorescas, con sus mujeres y hombres, con el matiz provinciano de sus danzas encerrado en la dulce sonoridad de sus cantos.

UN DESTINO TURÍSTICO CASI CELESTIAL

El escritor Fernando Benítez, quien se desempeñó particularmente en el campo del periodismo cultural, actividad que no le impidió crear una vasta obra propia, que incluye libros de cuentos, teatro, ensayo, reportaje, antropología y novela, abordó en una de sus publicaciones más sobresalientes: "*La ruta de Hernán Cortés*" de 1950, el descubrimiento de América, en donde narra de forma detallada y puntual, el camino seguido por los conquistadores hasta llegar a aquel 13 de agosto en que cayó la ciudad de Tenochtitlán.

Dentro de las páginas de este relato, bellamente escrito, en el que combina el ensayo con el reportaje, se reviven sus impresiones de aquel territorio antiguamente "conquistado", con sus formas arquitectónicas, sus colores y sus pobladores. Algo que llamó fuertemente su atención, fue la enorme cantidad de templos, capillas, santuarios e iglesias destinadas a ejercer la más pura de las manifestaciones de la vida mexicana: la devoción.

Las construcciones, de acuerdo con Benítez, aparecen como "un rebaño de ovejas gigantescas trepando dispersas por las faldas de una colina". Retrata también aquellas iglesias de cúpulas rojas y de muros leprosos, que a su sentir, parecen acentuar la aspereza de sus agrios calveros y roquedades. Y las torres encendidas que flotan en el aire alucinado.

Al observar las edificaciones percibe el mestizaje: "en la tierra de México ha nacido una nueva flora. La armazón sigue siendo occidental, pero el adorno y la vestidura son mexicas. Es un fruto mestizo obra del genio indígena que pone en movimiento la serena línea arquitectónica".

Adoración, fe, costumbres y emociones alimentan los cimientos de las solemnes estructuras, que sirven como escenario para las representaciones más surrealistas que parecen salidas de las antiguas páginas de los cronistas europeos:

"La muchedumbre de creyentes, de enfermos, de hombres que tenían una deuda que saldar o un nuevo favor que pedir, ha dejado de transitar los polvorientos senderos del Nuevo Mundo para recorrer los pasillos a su altar, con el mismo fervor religioso, inocente y bárbaro de hace mil años".

Los españoles cubrieron de santuarios el suelo de México. No hay provincia, ni ciudad, ni poblado de cierta importancia que no tenga el suyo. Vírgenes y santos milagrosos, extranjeros o autóctonos, un día del año congregan en tomo de su iglesia a sus devotos reunidos de los más distantes rincones del país. Desde muy temprano repican las campanas, echadas al vuelo. Los cohetes estallan en el aire.

Una caravana interminable afluye a las puertas del templo. Los peregrinos llegan, con las rodillas sangrantes, los brazos en cruz, coronada la cabeza de espinas, el rostro descompuesto, entonando en voz alta plegarias y letanías.

Allí están los indios que han recorrido a pie, con sus míseros ahorros del año, enormes distancias. Acuden los cojos, los tísicos, los leprosos, los enfermos incurables y los desvergonzados con sus barajas marcadas, los borrachos al olor del vino y los ladrones ante la posibilidad del fácil despojo.

En la calle revienta la feria. Adentro el altar resplandece y los devotos besan el suelo, se pintan los rostros con el polvo, lloran y confiesan a gritos sus pecados. En medio de las lágrimas, el calor, las oraciones, el sudor y los gemidos, se encuentra la esperanza, una esperanza frenética, casi corpórea, que ofrece una danza celestial.

El ídolo furiosamente amado se vislumbra detrás del vidrio de su nicho centelleante de piedras. Las alcancias se llenan de monedas calientes, acariciadas por meses; milagros y ceras caen como espesa lluvia en las manos tendidas de sacristanes y curas.

El Santuario del Señor de los Milagros convertido en centro turístico. Miles de personas visitan al cristo milagroso

En el atrio y en sus pasillos interiores se reproducen imágenes emotivas, sutiles, algunas desgarradoras. Los protagonistas de la fe, los que han acompañado a la historia de la creencia católica en México, avanzan rítmicamente al encuentro con la ansiada imagen, la cual les promete la solución a sus problemas, y de paso la salvación eterna. Unos sonríen mientras bailan, otros con el rostro inmóvil rezan hincados en silencio. Pero todos, en el fondo, saben que están de fiesta. Para ellos la comunión con su Dios es motivo de regocijo.

Basta con analizar el origen de sus celebraciones, las cuales en su mayoría están relacionadas con algún motivo religioso, de acuerdo con el calendario de fiestas publicado por la revista *México Desconocido*.

El pueblo de San Juan comienza el año conmemorando la llegada de los Reyes Magos, organizando una verbena popular y concurso de danza de los cúrpites. Hacia mediados del mes de febrero recuerdan la erupción del Parícutín.

Desde los primeros misioneros evangelizadores se inculcó en los pueblos purépechas profunda devoción al corpus, la fiesta de la comunión, y de compartir, al mismo tiempo que venerar, de manera simbólica el cuerpo y la sangre de Cristo. Es por ello que a partir del día 25 de mayo comienza el festejo acompañado por la música de varias bandas, mientras que el sacerdote encabeza la celebración llevando al Santísimo Sacramento en procesión hacia las diferentes altares que se erigen en la comunidad. Allí el sacerdote reza inmerso en humo de incienso, mientras que la feligresía lo acompaña con bailes. Cuando termina la procesión los asistentes reciben algún regalo representativo de cada gremio, como miniaturas de barro, metal o de tallas en madera, frutas, hatos de maíz y otros productos provenientes de la tierra o de los talleres artesanales.

De igual manera los que viven de la tierra preparan grandes cantidades de comida para regalar a los feligreses. También agradecen a Dios por las cosechas y le piden su ayuda y protección para que haya lluvias en el nuevo temporal. Al mismo tiempo le retribuyen a la tierra que los provee de frutas y los recibe en sus brazos a la hora de la muerte.

Basado en sus escritos, el investigador y literato nativo de Uruapan, en donde el museo municipal y el parque nacional llevan su nombre, Eduardo Ruiz, describió en un texto de 1957, la celebración de Corpus: "el pavimento de las calles está tapizado de huinumo y a la altura de los aleros hay verdes enramadas. En cada esquina se levantan rústicas capillas adornadas con incienso que impregna el ambiente ya perfumado con el aroma de las flores.

"Luego se ven pasar en confusión cientos de danzas en que se mezclan los bailes primitivos de los indios con las costumbres de los españoles en sus fiestas religiosas". Finalmente señala: "un sacerdote conduce en sus manos la áurea custodia, semejante al disco del sol, ante la cual doblan la rodilla los espectadores".

En el pueblo de San Juan se ha extendido un colorido tianguis, una majestuosa exposición de oficios, al tiempo que los artesanos regalan miniaturas de los objetos que diariamente producen para su sustento



Foto 28 Entrada principal del templo del Señor de los Milagros, en San Juan Parangaricutiro, Mich.

ESTA TESIS
DE LA UNAM

(juguetes de madera, utensilios de cocina, mantelería, ropa).

El ambiente festivo continúa durante la primera semana del mes de junio, cuando se lleva a cabo la fiesta popular religiosa en la que los visitantes pueden admirar los vistosos altares que año con año los representantes de los seis barrios construyen en el interior de la iglesia del Señor de los Milagros.

Para finales del mes, los cargueros presentan danzas de moros y soldaditos acompañados de bandas de música. Al igual que organizan bailables, misas y jaripeos.

Llega septiembre y con él la fiesta más importante del año. Durante los días 13 y 14 se inician los jubileos, novenarios y peregrinaciones, encabezados por la imagen del Cristo y acompañadas por bandas de música y danzas.

A lo largo de los festejos llegan a visitarlo más de 70 mil personas. Después del día 14 se realiza la "octava" o "fiesta chiquita", celebración que se lleva a cabo a los ocho días de la llamada "fiesta grande".

Además de visitar el hermoso santuario consagrado al Señor de los Milagros en el renovado pueblo de San Juan Parangaricutiro, existen otros lugares de interés a los alrededores. Tal es el caso de su zoológico y del aserradero. Este último fue consecuencia de que en 1977 las poblaciones indígenas de la región decidieran organizarse en una unión de ejidos y comunidades forestales con el objetivo de crear mejores alternativas de producción.

Para 1981 ya eran una empresa forestal sólida gracias a su plan de aprovechamiento regulado de recursos naturales. Uno de sus fundadores, el señor Aniceto Velázquez Contreras, quien heredó este sueño materializado a sus dos hijos Lucas y Jesús Velázquez Gutiérrez, comentó: "Con el aprovechamiento ordenado de nuestros recursos forestales estamos forjando la nueva cultura del manejo sustentable de los bosques, lo cual impacta en forma positiva a la economía de la región.

"Se están impulsando programas hidrológicos, instalación de praderas con ganado mejorado, huertos de aguacate y durazno. También hemos logrado producir y ganar más bosques; es decir, tenemos menos presión sobre él y lo estamos cultivando. Estamos convencidos de que con un adecuado uso de los bosques podremos lograr un mejor nivel de vida para los habitantes de la comunidad".

Dicha empresa transforma más del cuarenta por ciento de la producción maderable del estado. Sus productos abastecen el mercado nacional, al tiempo que se exportan molduras a Estados Unidos, muebles a Bélgica y están incursionando con casas de madera prefabricadas en España.

Actualmente la empresa brinda 950 empleos permanentes y 500 indirectos. Constituye, además, una industria de productos del bosque. Por ejemplo, se extrae y se procesa la resina de pino, para convertirla en brea y aguarrás, que se distribuirá en las ciudades de México, Monterrey y León. También se elaboran duelas para caja de empaque y tarimas, así como tablas, polines, molduras y muebles. Y gracias a la reinversión de las ganancias, la empresa puede continuar su compromiso de mantenimiento y construcción de viveros forestales.

Pero todavía faltan por conocer otros paisajes de ensueño, pueblos pintorescos y arte popular. Todo bajo una atmósfera primaveral. Es por ello que la oficina de visitantes y convenciones del estado de Michoacán, en combinación con los prestadores de servicio. Turismo Federal y Turismo Estatal han diseñado un mapa con el objeto de que el turista obtenga el máximo aprovechamiento de cada lugar que visite. Para ello se cuenta con la colaboración de hoteles, restaurantes, balnearios, agencias de viajes, transportistas y artesanos.

El mapa se divide en cinco regiones: occidente, Morelia y lacustre, oriente, la costa y Uruapan. Cada una tiene un sabor especial, por su gente, su belleza natural, su arquitectura colonial, su gastronomía y artesanía, sus playas y lagunas o sus fiestas y celebraciones.

Es en la última región, la de Uruapan, en donde se localizan los sitios turísticos abordados en el presente reportaje. Comienzan por el mencionado pueblo de San Juan Nuevo y su santuario, el antiguo Angahuan con su volcán Paricutín; y, por supuesto, la ciudad que da nombre a la región.

La ciudad de Uruapan, denominada el "vergel de Michoacán", fue fundada en el año de 1533 por el franciscano Juan de San Miguel, quien reubicó a los indígenas en barrios. En cada uno construyó una ermita para dar culto a su santo patrono y festejarlo con música, danzas, juegos artificiales, toritos de petate y platillos de la región.

Su nombre se traduce del tarasco como "lugar de la eterna primavera" o "lugar donde todo florece". Otras versiones lo derivan de la voz "urani" que significa jicara, relacionada con la artesanía local más representativa.

Uruapan del Progreso, instituida ciudad en el año 1858, es la segunda más poblada del estado de Michoacán, se ubica a 60 kilómetros de Pátzcuaro y a 110 de Morelia. Una ruta directa es por la autopista Morelia-Pátzcuaro-Uruapan. También se puede llegar por la carretera federal número quince, tomando una desviación a la altura de Carapan, pasando por los poblados de Cherán, Aranza, Paracho y Capacuaro.

Esta ciudad es conocida como "la cuna del maque", técnica decorativa de origen prehispánico que consiste en aplicar una pintura al óleo —que tradicionalmente contenía: tierra negra, aceite de linaza o chía, grasa animal y pigmento vegetal— sobre madera en forma de jicaras, cajas, baúles, guajes y bateas. Al secarse deja una superficie dura y lustrosa sobre la cual dibujan los motivos decorativos. Los más usuales son flores, hojas, frutos, mariposas y pájaros.

La técnica del decorado es la siguiente: se mezcla cera con aceite y se agrega la tierra negra bien molida, hasta formar una pasta que se aplica directamente sobre la madera; y a base de ir sobreponiendo capas magras o tierras sobre la capa grasa se va puliendo con la mano de tal modo que el calor provocado por el frotamiento de la superficie logra que la pintura se incorpore completamente; a este bruñido puede seguirlo uno más, realizado con algún trapo de algodón. Se deja secar esta primera mano. Después con un punzón acerado se hace un diseño, y sobre ese trazo se raspa con una herramienta bien afilada hasta que aparezca la madera; el hueco que queda según el dibujo, se rellena nuevamente con otro color, siguiendo el mismo procedimiento de aplicar el aceite mezclado con la cera y sobre esto la tierra que deberá estar finamente molida. Finalmente la pieza se deja secar a la sombra y al aire libre hasta por 20 días.

De la época de la Colonia se tienen evidencias tales como biombos, costureros, almohadillas, bateas, baúles, cajas, roperos. Muchos de estos objetos formaban parte de los ornamentos eclesiásticos, por lo que se decoraban con motivos religiosos.

Fueron tan impactantes sus diseños y técnica artesanal que son varias las referencias que encontramos en los apuntes de frailes y cronistas coloniales. Tal es el caso de Bartolomé de las Casas, quien escribió: "había oficiales de hacer loza y vasijas de barro para beber y comer con ellas, muy pintadas y bien hechas, y otros que las hacían de ciertas calabazas, que son muy duras por de dentro y por de fuera. Éstas las pintaban por de fuera de muchos colores muy finas y tan asentadas que aunque estén cien años en el agua, nunca la pintura se les quita, y poníanles apegados unos pies como de cáliz, y son tan hermosas y tan lindas que al Emperador se le podría servir con ellas, las cuales allí llaman xícaras".

En la Sala Purépecha del Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México se puede admirar gran variedad de piezas representativas de las diferentes técnicas del maque. En la actualidad las técnicas de elaboración se han modificado: se emplea yeso en lugar de tierra, se redujo el uso de ceras naturales y los colorantes extraídos de insectos y plantas fueron sustituidos por la anilina.

La hermosa ciudad de Uruapan debe su fisonomía al río Cupatitzio, conocido como "el río que canta", en cuyos bordes nace una abundante vegetación y numerosas huertas de aguacate. Cuenta con varias placitas típicas, antiguos barrios indígenas y capillas tradicionales que aún conservan valiosas imágenes hechas de caña.

Uno de las construcciones más representativas es La Huatápera, primer hospital de Michoacán y asiento de la junta de caciques indígenas de la región. Actualmente funciona como museo de exhibición y venta de artesanías.

Su fundación se atribuye a fray Juan de San Miguel y forma parte de las instituciones iniciadas por Vasco de Quiroga, que fueron eje de la vida social, educativa, religiosa y asistencial de los pueblos del antiguo obispado de Michoacán.

Vasco de Quiroga se sensibilizó con la gente indígena y sus problemas derivados de la disrupción social de la conquista. Al verlos despojados de sus tierras, separados de sus esposos o esposas, a los niños sin sus padres, a la gente dispersa y, en su opinión, en manos del paganismo diabólico, empleó todos sus conocimientos en resolver ese problema.

Esto dio como resultado uno de los primeros experimentos en reorganización social basado en los principios de la Utopía, pero con preceptos evangélicos. Quiroga quería fundar pueblos-hospitales. La noción medieval de un hospital conlleva no sólo la idea moderna de un lugar para curar enfermos, sino conceptos más amplios. Significa un lugar protector, acogedor, que da la bienvenida a los necesitados, viajeros, ancianos y huérfanos.

A esto, Quiroga le añadió la idea de congregar gente para facilitar la enseñanza de la fe, las costumbres y el idioma castellano a la comunidad. También tenía esperanza de que los nativos, al estar organizados en

comunidades, se encontrarían mejor protegidos de los españoles.

La construcción de La Huatápera, el primer hospital de Michoacán, combina los estilos plateresco y mudéjar, los finos relieves de la fachada de su capilla fueron tallados por manos indígenas. El conjunto cuenta con un magnífico patio en donde sobresale una cruz atrial, así como una crujía en forma de "L" porticada, construida con los materiales tradicionales de la región: madera, tejamanil, tejas, piedra volcánica y cantera.

A espaldas de La Huatápera se encuentra un mercado de antojitos, en donde se ofrece una extensa variedad de platillos regionales como: atole de grano, cecina de tierra caliente, pozole, champurrado, tamales de trigo y maíz, etc. Y como la lista sería demasiado larga a continuación nombraremos algunos de los platillos más significativos, cuyos nombres parecen salidos de poemas

o canciones purépechas: *uchepos*, tamales de elote tierno con mantequilla o nata; *churipo*, guiso de carne, parecido al mole de olla con verduras; *corundos*, bolitas de tamal de maíz con verduras envueltas en hojas de milpa, por lo general se acompañan con caldo de res (la salsa es opcional) y además de ser riquísimas son baratas (a peso cada bolita); *shadúcata*, mole de color verde muy aromático; *atápakua*, platillo elaborado a base de nopales, caldo de chile ancho y tortitas de arroz, este guiso presenta una variación, suele prepararse también con res y un caldo espesado con elote tierno o maíz (puede ser además con haba, pipián, queso, hongos y chícharos), chile guajillo y hierbabuena. Seguimos con dos variedades de tamales, unos son los *nacatamales*, hechos de maíz envueltos en hoja de mazorca, con carne y salsa; los *tzirkus*, elaborados con elote tierno y llevan carne, chile, hierbabuena, ajo, cebolla, sal y una pizca de carbonato. Otras delicias michoacanas son las tortitas de flor de calabaza rellenas con requesón, capeadas y fritas que se sirven con un caldillo de jitomate; las enchiladas con cecina; los tacos de pollo; las tostadas de manilas de cerdo; la sopa tarasca y el aporreadillo (cecina de res servida en un caldillo picante acompañado con frijoles de la olla). Tampoco podemos dejar de lado sus ricos postres; los tradicionales dulces regionales conocidos como *ates* y, por supuesto, los *chongos zamoranos*. Por fortuna estos exquisitos platillos pueden saborearse no sólo en el mercado de antojitos, sino en todo lo largo y ancho del territorio michoacano.

Otros de los atractivos de Uruapan es el Parque Nacional "Eduardo Ruiz", el cual se extiende por el cauce del río Cupatitzio, cuyo significado en purépecha deriva de "kupatzin" que significa "donde se bañan, agua en que se puede nadar".

Este bello parque, emblema de la ciudad, que abre sus puertas al público todos los días del año, consta de 469 hectáreas de exuberante vegetación: orquídeas, heléchos, pahuas, árboles y arbustos, en donde se disponen diez fuentes, seis kioscos (con nombres purépechas), cinco puentes que cruzan el río sobre bellos parajes, tres cascadas, manantiales, viveros, juegos y murales.

Cuentan, además, con un área de estanques piscícolas en donde se produce y vende trucha arcoiris; un área administrativa, salón de reuniones y cursos y un campamento de educación ambiental llamado "Los Fresnos" que tiene por objetivo crear una conciencia ecológica en las futuras generaciones.

También se pueden disfrutar platillos y bebidas típicas, así como se puede consultar con los guías de turistas establecidos en pequeñas cabañas al interior del parque. Al igual que existen niños que a cambio de una cuota voluntaria sirven de guías y cuentan la historia detrás de cada fuente, manantial o cascada.

A la salida del parque se ubica un mercado de artesanías en donde destacan los objetos de madera y la cestería. Aunque también se desbordan en creatividad los trabajos en textiles, muebles, bordados, deshilados, laqueados e instrumentos musicales.

En los alrededores de la ciudad, a 37 kilómetros, se ubica el pintoresco pueblo de Angahuan, comunidad fundada antes de la conquista que parece estacionada en el tiempo. Es uno de los pocos lugares de la Sierra Michoacana que aún conserva su aspecto original: casas de madera (trojes) techadas con tejamanil.

Angahuan, vocablo purépecha cuyo significado más empleado es el de "lugar donde los alcanzaron", es un asentamiento de origen prehispánico, legendario y enigmático que envuelve al viajero en una extraña fascinación. Sus pobladores viven y portan con orgullo la herencia cultural de sus

antepasados.

Durante el año pueden verse las diversas manifestaciones de su estilo de vida en actividades productivas y culturales. Sus fiestas y reuniones tanto familiares como comunitarias, permiten a los niños y jóvenes adquirir valores, idioma, destreza artística y disciplina artesanal, lo cual refuerza los elementos básicos de su identidad.

Sus principales fiestas se llevan a cabo durante la Semana Santa, en donde predominan las ofrendas de maíz de color y frutas de la región; así como las procesiones con cantos y rezos. Cada 25 de julio, día en que se festeja a Santiago Apóstol, patrono del pueblo, se presenta una exposición artesanal, concurso de danzas, bandas de música, juegos pirotécnicos y jaripeo.

Y es precisamente el templo parroquial consagrado a dicho santo uno de los atractivos del lugar. Su construcción es de estilo morisco de mediados del siglo XVI, con una cruz atrial de piedra. Una majestuosa obra con el sello inconfundible de las manos indígenas.

Otro de los sitios de interés, de visita obligada en el pueblo de Angahuan, es su centro turístico; cuenta con los servicios de áreas de campismo y juegos infantiles, espacio museográfico y de video, área de conferencias, murales, cenadores, restaurante de comida regional, cafetería, bar y estacionamiento.

Está situado a corta distancia del volcán Parícutín y de las ruinas del antiguo templo de San Juan Parangaricutiro. Desde su mirador se contempla la maravillosa panorámica que parece transportamos casi sesenta años atrás, cuando el volcán *parhikútini* (al otro lado) oscurecía el día a causa del humo y las cenizas expulsadas e iluminaba las rojas noches con las chispas y brillos de las rocas incandescentes.

Si se desea se pueden emprender excursiones a pie o a caballo a las ruinas y al cráter del volcán. Los recorridos a caballo tienen un costo de 90 y 180 pesos. La ida al volcán toma alrededor de ocho horas, por lo que se recomienda salir temprano, bien abrigados y preparados para una larga y accidentada jornada.

El centro turístico también ofrece hospedaje a los que quieran pasar la noche

en el lugar. Para ello, cuenta con trojes de madera para cuatro persona, los cuales tienen un costo de 350 pesos por noche, así como cabanas familiares para 6, 12 y 24 personas, cuyos costos van de los 550 a 2,200 pesos por noche. Todas éstas cuentan con camas matrimoniales y literas, ropa de cama, baño completo, agua caliente, chimenea y leña. Cabe aclarar que es un sitio sumamente sencillo, con los requerimientos básicos y carente de una decoración ostentosa.

Siguiendo con el recorrido por la zona central de Michoacán, en los alrededores de la ciudad de Uruapan existen lugares, igualmente representativos, como la Tzararacuara, cascada monumental, cuyo nombre se traduce como "cedazo" y el lago Zirahuen, en donde la población del mismo nombre acentúa el encanto del paisaje con sus casas de madera y sus sencillos restaurantes, los cuales ofrecen con insuperable frescura truchas, pescado blanco y charales.

También destaca el pueblo de San Lorenzo, en donde las mujeres elaboran manteles y servilletas bordadas en punto de cruz, así como muñecos de trapo con indumentaria indígena que llevan a sus espaldas jarros, molinos, molcajetes y metates o los que representan actividades y oficios. Ambos suelen utilizarse para montar nacimientos.

En Capacuaro sobresalen sus muebles de madera tallada de estilo colonial mexicano, morrales y fajas. Por su parte, Paracho, centro de la meseta purépecha, es famoso por la calidad de sus guitarras e instrumentos de cuerda.

La ciudad típica de Apatzingan se distingue por ser el lugar donde, un 22 de octubre de 1814, don José María Morelos y Pavón promulgó la primera Constitución Política de México. El visitante puede conocer la casa-museo donde tuvo efecto tan relevante hecho histórico.

Y, finalmente, la zona arqueológica de Tingambato. Sitio anterior al imperio tarasco que muestra dos etapas constructivas: una inicial que podría colocarse de 450 a 600 años de la era cristiana en la que se inicia el poblamiento y la edificación del centro ceremonial, y una segunda de 600 a 900 años d. C. con fuerte influencia teotihuacana en la arquitectura presente en su tablero y talud, así como su juego de pelota. Además de que se

distinguen una área religiosa y una civil-administrativa, al igual que indicios de intercambios foráneos, de cultos, mercado, festividades, producción artesanal, clase directriz y de tributación.

Afortunadamente existen entidades públicas y privadas dedicadas a orientar a los turistas, proponiéndoles distintos planes de viaje. Tal es el caso de la Secretaría de Turismo, quien brinda en sus oficinas de la ciudad de México, ubicadas en avenida Presidente Masarik # 172, folletería, registros estadísticos y por supuesto atiende quejas y sugerencias. Su página web contiene información más detallada con ayuda de mapas, resúmenes históricos, guías de sitios de interés y recomendaciones.

Otra de sus funciones es la de promover programas cuyo objetivo sea el de transformar al turismo en un factor de desarrollo y bienestar en un ambiente de respeto y cuidado de los recursos naturales, así como de la diversidad étnico cultural. Por ello el presidente Fox convocó a todos los servidores públicos, funcionarios y trabajadores del Estado, para construir un proyecto que cumpla exitosamente con las demandas de la sociedad. El resultado fue el Plan Nacional de Desarrollo 2001-2006.

En respuesta a la convocatoria la licenciada Berma Leticia Navarro Ochoa, encargada de la Secretaría de Turismo, decidió presentar su propio Programa Nacional de Turismo 2001-2006. Dicho documento incluye las ideas, propuestas y opiniones de todos los actores de dicha industria, empresarios y prestadores de servicios, representantes de estados y municipios, legisladores y organizaciones sindicales, académicas y miembros de la sociedad civil.

De acuerdo con la Secretaría, el Plan Nacional de Turismo 2001-2006 pretende ser el instrumento de la política del gobierno foxista para convertir a la actividad turística en una oportunidad de cambio y transformación para el desarrollo integral de nuestro país. Y en poderosa herramienta que permita alcanzar una mejor y más justa distribución del ingreso, y un aprovechamiento sustentable de los recursos naturales y culturales de la nación.

Este fue el reto y compromiso: plantear al sector como una prioridad nacional. Una misión que busca conducir el desarrollo del turismo nacional, mediante las actividades de planeación, impulso al desarrollo de la oferta

(mantener destinos sustentables), apoyo a los prestadores de servicios y promoción, haciendo partícipes a diferentes instancias y niveles de gobierno.

Todo ello siguiere un panorama ideal, pero desgraciadamente contrasta con la realidad. El estado de Michoacán, un destino turístico bendecido con bellezas naturales y pasado histórico, no podría ser la excepción. Cuenta con una inversión destinada a la actividad turística, de acuerdo con cifras del INEGI, de apenas dos millones 255 mil pesos, eso sin contar con la falta de infraestructura tecnológica y la limitada participación de los encargados de las delegaciones regionales de turismo que sólo se conforman con repartir folletos o relatar de forma breve las características más representativas de algunos sitios de interés. Por su parte las agencias de viajes y guías que trabajan de forma independiente se llevan todo el crédito por su labor. Así como los lugareños quienes se distinguen por su hospitalidad y calidez. Siempre se muestran dispuestos a ayudar y orgullosos de que alguien se interese por su estado y costumbres.

Una de esas compañías dedicadas a ofrecer recorridos turísticos, culturales, arquitectónicos, históricos y artesanales, ubicada en Morelia, es la Asociación Michoacana de Edecanes y Guías, A.C (A.M.E.G), fundada el 22 de octubre de 1985. Cuenta con unidades móviles y personal capacitado. Sus recorridos incluyen las ciudades de Morelia, Pátzcuaro, Uruapan y Tacámbaro. Así como zonas de reserva ecológica y rutas arqueológicas. También cuentan con un recorrido especial al Parícutín para cuatro personas con un costo de mil 300 pesos.

Por su parte, los Taxi Tours de Uruapan ofrecen un peculiar servicio a escala por el reducido número de pasajeros que caben en sus unidades, máximo cuatro personas, sólo en casos especiales utilizan camionetas. Su costo varía de acuerdo con la distancia y las escalas destinadas a cada recorrido. Tienen una tarifa fija de 80 pesos la hora y sus destinos incluyen el lago Zirahuen, la hacienda Caracha, el volcán Parícutín, el Nuevo San Juan y por supuesto las ciudades de Uruapan y Pátzcuaro.

En Uruapan, sobresalen por su atención y servicio las agencias de viajes y excursiones Tzi-tzi, Mintzi y Cupatitzio, cuyas sucursales se ubican en la zona centro. Y si lo que se busca es practicar deportes en exteriores, la

comunidad del Nuevo San Juan Parangaricutiro, a cargo del ingeniero Faustino Velázquez Chávez, los TrekMich Ecotours organizados por el señor Roberto S. Coop, el Cerro Bike de Michoacán manejado por Enrique Fajardo Ríos y la organización No Limits ofrecen paseos en escenarios naturales en donde se puede acampar, escalar, nadar, surfear pescar, montar caballo, bicicletas o simplemente caminar, lo cual invita a disfrutar de las caídas de agua, el canto de las aves y la abundante vegetación.

Hay mucho por ver, conocer y hacer en Michoacán, ya que no sólo cuenta con: hoteles, suites, villas, cabañas, restaurantes de comida regional e internacional, cafeterías, fondas, centros culturales, galerías, museos, teatros, bibliotecas, templos, catedrales, ex-conventos, centros nocturnos, peñas, bares, discotecas, parques y balnearios, sino es su valioso tesoro cultural y tradiciones pintorescas que se mezclan con el paisaje lo que lo convierten en un lugar que eternamente fascinante.

Los artesanos y la fe. Comerciantes que se benefician con la creciente afluencia de turistas que visitan el Santuario

El arte popular mexicano, el cual tiene sus manifestaciones en mágicos objetos materiales, es único, debido a que su elaboración se realiza completamente a mano. No se trata de productos industriales en serie. En la artesanía los objetos tienen similitudes, pero nunca son iguales.

La artesanía michoacana, es el resultado de la fusión de las culturas indígena y española, lo que ha dotado de una gama inagotable de expresiones artísticas, ricas en técnicas y originales diseños. Sus ejecutantes logran la perfección en su oficio.

Las artesanías más distintivas son la alfarería, madera tallada, platería, producción de instrumentos musicales, principalmente guitarras, aunque también se fabrican violines, mandolinas y laúdes; los cuales van de los concertinos a los más populares. En juguetería destaca la hecha en madera y hueso.

El trabajo del cobre es famoso en la región desde la época prehispánica, así lo demuestran hallazgos arqueológicos como anzuelos, cascabeles, cuentas, etc. A partir de la Coloma se elaboraron cazos y cazuelas con la técnica del martillado. De la pasta del corazón de caña de maíz aglutinada con el producto de la maceración de los bulbos de la orquídea, se continúa la tradición de imágenes religiosas. Tal es el caso de la imagen del Señor de los Milagros.

La llamada laca, mejor conocida como maque, cuenta con sus mejores expresiones en técnicas de decoración. El arte por excelencia dentro de las culturas mesoamericanas fue el de la plumaria. Michoacán cuenta con el privilegio de mantener viva dicha expresión cultural y artística.

Con plumas, ingenio y creatividad, los antiguos *amantecas*, que proviene del náhuatl y significa "los que trabajaban las plumas", dieron vida a este arte. En la actualidad se hacen cuadros utilizando papel amate, cera de campeche, plumas de calandrias, periquito de Australia, azulejo, ruseñor, perdiz y lechuzas. Pegando pluma por pluma van salvando esta tradición prehispánica de la extinción.

En el caso de San Juan Nuevo se elaboran los mejores textiles, que por la vistosa ornamentación de sus puntas son una reminiscencia del arte de la plumaria. Así mismo sobresale la cuantiosa producción en telar de "pedal" o telar español. Más que un pedazo de tela y madejas de hilos se convierten en mantas con narraciones y personajes, con paisajes y animales.

Esta región destaca por su alfarería, bordados, deshilados, fibras vegetales, jarcería, joyería, maderas, metales, muebles, rebozos, sillas de montar, talabartería, textiles de algodón y lana. Las principales ramas de la actividad de la industria manufacturera son la cerámica, confección, conservas alimenticias, envases de madera, estructuras metálicas, industrias básicas del acero, muebles de madera, panificación y tortillería.

A los alrededores del santuario de San Juan, no sólo se venden objetos de índole religioso. Las cruces, rosarios, imágenes y oraciones permanecen resguardadas al interior de la morada del Señor de los Milagros. Pero basta con cruzar la calle para comenzar el recorrido por la docena de locales, que a pesar de ser pequeños, sencillos y de servir también como baños públicos,

albergan en su interior el fruto de semanas o quizá meses de trabajo intenso. Dan muestra de una dedicación motivada por el creciente número de visitantes que desea conocer no sólo al Cristo milagroso, sino a sus devotos nativos, incluidos su espíritu festivo y el arraigado legado indígena.

Mientras los niños juegan en la banqueta, sus madres permanecen sentadas detrás de la tabla sobre la que descansan sus mercancías. Con actitud pasiva, pero a la vez cálida, ven aproximarse a un posible cliente, y de forma inmediata como si se encendiese su cuerpo, lo abordan sonoramente. Comienzan a desdoblar bordados y tejidos. Se sugieren rebozos, blusas, delantales, servilletas, carpetas y manteles. Al tiempo que ordenan a sus hijos mayores que descuelguen algún sarape para mostrarlo a quien pregunta su precio.

Con sonrisa condescendiente, sabiendo que su visita en ese lugar obedece primordialmente a una cosa: agradecer o pedir favores celestiales; los locatarios gustosos, dan información a los turistas con el fin de orientarlos en sus recorridos y deseando que vuelvan pronto. Se muestran siempre orgullosos de sus costumbres y a la vez fascinados por el interés que despiertan en los visitantes por conocer más acerca de su peculiar pasado. El cual a pesar de estar marcado por la tragedia, hizo de ese amargo suceso la razón para dar gracias por el dichoso presente. Asimismo alaban los días feriados, la fiesta patronal, la semana santa, y las vacaciones calendarizadas, lo cual les augura una gran afluencia de turistas.

Ahora pueden contemplar como su calle principal, su santuario, su mercado y el tianguis en la plaza con su quisco, se llenan de autos, camiones, taxis y transeúntes dispuestos a llevarse un pedazo de su historia.

Otra artesanía es el barro modelado, que da vida a formas de ángeles o demonios, de danzantes o soles. Se trabaja tanto bajo la técnica del *puntilla'e*, que perfora y decora su acabado, como por la del *petatillo* consistente en trazar muchas líneas entrecruzadas hasta llenar los espacios vacíos. Salen del horno cántaros, ollas, cazuelas, platones y vasijas.

El recorrido continúa. Es momento de maravillarnos con los muebles rústicos, cuya elaboración es realizada por los padres de familia, aunque las mujeres se encargan de calar, pulir y pintar cada pieza. La variedad

contempla sillas, mesas, comedores antecomedores, roperos, cabeceras, trinchadores, pilares, buroes, tocadores y mesas de centro.

Siguiendo con la producción de artesanías en madera, pero a menor escala, gracias al tomo, podemos cautivarlos con los pequeños pedazos de madera de granillo convertidos en servilleteros, saleros, vasos, platos e incluso tableros de ajedrez.

Por su parte, las máscaras de madera maqueada, que se distinguen por sus rasgos exagerados y colores provocativos, han jugado un papel significativo, desde tiempos antiguos, en ritos y ceremonias de carácter religioso. Los sacerdotes solían usar caretas hechas de amate, de piel o de la cabeza del animal para representar una deidad.

Otra singular artesanía es la que se obtiene de tejer hojas hervidas de pino con glicerina y alcohol. El cocido toma de tres a cinco minutos. Al empezar a hervir se le agrega un poco de sal, así como anilina del color que se desee. Una vez pintada la hoja de pino, echan mano de la aguja de canevá e hilo de nylon y guiados por su ingenio realizan pequeños amarres que dan como resultado tortilleros, alhajeros y dulceros. También se trabaja con el tule y la paja.

Finalmente, la cerámica, tanto de baja como de alta temperatura, requiere de muchas horas tanto dentro como fuera del horno. El barro es amasado, secado, molido, mezclado con feldespato, caolín y sílice, materiales que lo hacen resistente al calor. Posteriormente, se utilizan esmaltes y brillos para el acabado. Algunas piezas son decoradas por dentro y por fuera. También se trabaja en loza bruñida o vidriada: platos, vasos, jarrones, ollas, ceniceros, cazuelas, floreros, charolas, candeleros, macetas, fruteros, etcétera.

Es digna de mencionar la alfarería bruñida, surgida a partir de reconstruir piezas prehispánicas con el fin de descifrar el modelo original, el cual posteriormente era copiado. Los comerciantes de San Juan exponen objetos con reminiscencia a la artesanía del pasado. Se aprecian formas ovaladas o achaparradas en las ollas, vasijas trípodes, cuencos cuadrados y vasijas con grecas.



Foto 29 Pensar en la artesanía mexicana es saborear texturas, formas y colores mágicos; y la michoacana no podría la excepción, ya que se encuentra a cargo de manos expertas cuyos instrumentos son ingenio, belleza y tradición.

Después de haber visto todos los locales, no se debe olvidar recorrer, justo frente a la entrada del templo, el largo tianguis de brillantes tejados y paredes de plásticos color azul rey, en cuyos puestos se venden principalmente dulces y bebidas típicas, así como juguetes.

Para la elaboración de juguetes de madera se emplea *tejamanil*, es decir, cortes muy delgados del tronco de pinos u ocotes, anilina de colores, pegamento y yeso. También los hay de trapo. Su trabajo consiste en forrar un pedazo de alambre con retazos de tela de algodón hasta formar el cuerpo para ser vestido con trajes típicos. En el caso de las muñecas se les hacen trenzas adornadas con listones de colores, pequeñas blusas bordadas y curiosos rebozos. Cada muñeco lleva accesorios según su actividad. Algunos portan sombrero, otros, bastón, canastos, frutas, carbón, leña o pescado.

Definitivamente cada creación artística es prueba de la persistencia de un pueblo que se niega a perder su identidad. Los artesanos trabajan en sus casas, convertidas en talleres, creando hermosas piezas, tan laboriosas que sólo pueden ser detalladas por la paciencia.

Con respecto a los costos de las distintas artesanías, éstos varían de local en local y de acuerdo con los diferentes acabados, tamaños y materiales empleados, pero sin duda, éste es mínimo considerando el proceso de elaboración, el cual inicia a partir de la imaginación e ingenio de su creador, después el tiempo y cariño dedicados en darles vida. Y por último, los pequeños trozos de su corazón que se imprimen en su acabado, para posteriormente ser exhibidas y puestas a la venta.

Son piezas únicas e irrepitibles, listas para ser admiradas, que perpetúan la tradición de un oficio que se ha convertido en su única herencia familiar. Las técnicas artesanales son aprendidas y transmitidas de generación en generación. Es un arte que involucra a todos los miembros de una familia; y nos convoca a rescatar y/o preservar nuestros valores culturales.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Fue en el paraíso michoacano denominado "tierra de pescadores", con su armonioso entorno de horizontes diversos y prodigiosas bellezas naturales, en donde se erigió la fortaleza de los indomables tarascos. Actualmente destacan sus pueblos artesanales rodeados de huertos, aguas termales, grutas, ríos, lagunas y volcanes.

La rugosa topografía purépecha floreció gracias a señoríos ricos en producción agrícola, pesquera y con yacimientos de obsidiana. La sierra sureña y la costa proporcionaban productos tropicales como el tabaco, el algodón y el cacao; al igual que metales como oro, cobre y plata, sal y conchas marinas.

Posterior a la "dócil" entrega a los conquistadores españoles, en el siglo XVI tuvo lugar el más importante esfuerzo evangelizador que no sólo cambió la fe, sino que erigió sobre los vestigios del pasado las ciudades y pueblos que integran la geografía actual.

A su llegada a la región central de México, los españoles no sólo impusieron una fe, sino que su influencia se dejó sentir en todos los ámbitos de la vida de los indígenas, cada manifestación popular: fiestas, tradiciones, danzas o artesanías, es el resultado de un sincretismo que a fin de cuentas es el que ha dado origen a lo que llamamos mexicanidad.

La invasión teológica se deja sentir al interior de las capillas y templos en donde se observa la exaltación mexicana de Cristo. De un Cristo muerto, aunque no están precisadas con exactitud las características que distinguen nuestra peculiar idea de la muerte, pero sí permanecen claros los sentimientos religiosos del pueblo, movidos por una devoción indiscutible.

Los altares y presbiterios están llenos de nazarenos coronados de espinas, maniatados y sangrantes. La crucifixión con sus infinitas motivaciones que comprende los variados delirios de nuestro ingenio, establece el ámbito secreto y apasionado donde se nutre la piedad del mexicano. La vida de Cristo, en nuestro país, se fija preferentemente en el tiempo de su agonía y de su muerte.

Las imágenes trágicas están presentes durante las celebraciones de todo el año. Esas casi siniestras representaciones del Cristo Muerto, del que no tuvo resurrección, inmóvil y mudo que parece acompañar a las comunidades indígenas en igualdad de circunstancias penosas y lastimeras.

Dentro de urnas de cristal, en la tumba o entre sábanas de terciopelo y encajes descansa la historia de *la pasión*, de un divino rostro lastimado, sobre el cual flotan los rizos de una cabellera que descansa sobre una enorme túnica morada, resultado de la ahora decadente producción en serie de esculturas religiosas europeas que invadieron las iglesias.

Es por ello que, al conocer y defender nuestro patrimonio, se impide el total aniquilamiento del arte nacional. Un deber urgente consiste en abrir nuevos cauces al sentimiento del arte vivo y poderoso en el mexicano a pesar de las corrientes deformadoras que lo combaten.

Salvar la mano del artesano de un naufragio casi total de valores a través de brindarle los motivos adecuados al tiempo y a las aspiraciones del pueblo, el cual mantiene una fe inocente, pura y marcada por el legado generacional: de vuelta a sus orígenes.

Promover el estudio y la difusión de testimonios, folklores y costumbres de episodios históricos de nuestro pasado prehispánico, me permitió valorar aún más mi presente, y representa una forma de retribuir y de agradecer el esfuerzo de quienes luchan incansablemente por conservar su cultura indígena.

Y es la magia de uno de los pueblos michoacanos, de altos pinos de la sierra, de viejos montes de esmeralda, brisa de flores, la que da a Dios su alabanza y las torres del templo con las campanas al viento, escuchan bailes y canciones, bullicio y plegarias. El Cristo de los Milagros se encuentra resguardado en su casa.

Brilla la luz de la mañana, abre las puertas el templo la imagen adorada. En San Juan Parangaricutiro, la calle luce engalanada, ancha de fe y alegría, llena de los colores de la tradición de domingo de ramos, en donde hace triunfante su entrada un desfile inagotable de fieles, artesanos y turistas.

FUENTES DE CONSULTA

BIBLIOGRÁFICAS

- *Anuario Estadístico de Michoacán de Ocampo*, México, Ed. INEGI, 2001, 631 pp.
- BAQUEDANO, Elizabeth, *Los aztecas: historia, arte, arqueología y religión*, México, Panorama Editorial, 1987, 188 pp.
- BENITEZ, Fernando, *Lia rata de Hernán Cortés*, Lecturas Mexicanas 7, México, Ed. FGE/SEP, 1950, 308 pp.
- BOEHM de Lameiras Brigitte (coord.), Ulises Beltrán et al., *JQI Michoacán Antiguo*, México, El Colegio de Michoacán/ Gobierno del estado de Michoacán, 1994, s/n p.
- *Los municipios de Michoacán*, México, Ed. Secretaría de Gobernación-Centro Nacional de Estadios Municipales, 1987, pp. 278-283.
- MENDOZA Valentín, Rafael, *Historia chiquita, volcan grandote*, México, Ed. Coloristas y Asociados, 1999, 41pp.
- MENDOZA, Valentín Rafael, *Yo vi nacer un volcán*, México, Ed. Coloristas y Asociados, 1999, 144 pp.
- RODRÍGUEZ Elizarrarás, Sergio, *Libro-guía de la excursión geológica al volcán Parícutín, Estado de Michoacán, México*, México, Ed. UNAM, 1993, 47 pp.
- TAVERA Alfaro, Xavier, *Michoacán...más cerca que nunca*, 6a ed., México, Ed. Secretaria de Turismo del Estado de Michoacán, 1996, 191 pp.
- TTBÓN, Gutierre, *Historia del hombre y de la fundación de México*, 3a ed., México, Panorama Editorial, 1987, 178pp.
- ZAVALA Alfaro, David, *Agonía y éxtasis de un pueblo*, 6a ed., México, Ed. Coloristas y Asociados, 1998, 232pp.

HEMEROGRAFICAS

- "Un volcán está haciendo erupción en Parangaricutiro: alarma en el estado de Michoacán por el posible nacimiento de un volcán", *El Universal* (1936-1945) VoL m, Archivo General de la Nación, Dirección de Información y Documentación, Departamento de Biblioteca y Hemeroteca, México, 80 de febrero de 1943, Ed. Cumbre, p. 164.
- "Arrasando todo corre la lava del Parícutin: dos metros avanza cada hora y ya casi llega hasta San Juan Parangaricutiro", *El Universal* (1936-1945) VoL TTT, Archivo General de la Nación, Dirección de Información y Documentación, Departamento de Biblioteca y Hemeroteca, México, 8 de enero de 1944, Ed. Cumbre, p. 186.
- "Nuevo volcán en un pueblo michoacano". *El Nacional*, México, D.F., 21 de febrero de 1943, p. 4.
- *Michoacást. Orna, México Desconocido*, México, edición de aniversario, México Desconocido, agosto 2000, 92 pp.
- *Michoacán: fiestas y tradiciones*, México, edición especial, México Desconocido, octubre 2001, 94 pp.
- BEUTEB Walter, *Reportaje Fotográfico del Parícutin*, Los universitarios, México, D.F., UNAM, enero 2002.
- SCHÓNDÜBE B. Otto, *Los Tarascos*, Arqueología Mexicana, México, Bales, mayo-junio de 1996, VoL, TV núm. 19-21 pp.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

**Relación de las ceremonias, ritos, población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán*, Fondo Reservado de la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia, Colecciones Especiales: Historia de Michoacán, caja; 1306, expediente 45, 301 p., 1903.

FUENTES VIVAS

- Lác. Juan Carlos Arnau Ávila, Director General de Planeación, Estrategia y Política Sectorial de la Secretaría de Turismo.
- Dr. Carlos Valdez González, investigador del departamento de sismología y vulcanología del Instituto de Geofísica de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sr. Aniceto Velázquez Contreras, fundador de la empresa indígena de aprovechamiento forestal en San Juan Nuevo y testigo de la erupción del volcán Parícutín. Trabaja con sus dos hijos, Lucas y Jesús.
- Ing. Faustino Velázquez Chávez, encargado de la Comunidad Turística de San Juan Parangaricutiro. Enfocada a la práctica de deportes extremos y ecoturismo.
- Habitantes del pueblo de San Juan Parangaricutiro. Campesinos, artesanos, comerciantes, religiosos y guías de turistas.

INTERNET

- Archivo General de la Nación, <http://www.agn.gob.mx>
22 de mayo de 2002
- Delegación Regional de Turismo de la ciudad de Uruapan
<http://www.uruapan.gob.mx>
17 de diciembre de 2002

•Gobierno de Michoacán

<http://www.michoacan.gob.mx>

<http://www.michoacan-travel.com>

<http://www.turismo-michoacan.gob.mx>

17 de diciembre de 2002

•Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (TNEGI),

<http://www.inegi.gob.mx>

20 de mayo de 2002

•Promotores Turísticos Tümapan y Asociación de Hoteles y Moteles de Türuapan, A.C., <http://www.protiir.com>

15 de enero de 2003

•Secretaría de Turismo

<http://www.sector.gob.mx>

<http://www.mexico-travel.com>

17 de diciembre de 2002